

CRISTIANDAD

«De este modo se revela el origen y el punto de partida de la corriente que arrastra al hombre moderno a un estado de angustia: su despersonalización. Se le ha quitado en gran parte el rostro y el nombre; en muchas de las más importantes actividades de la vida ha quedado reducido a mero objeto de la sociedad, porque ésta, a su vez se ha transformado en un sistema impersonal, en una fría organización de fuerzas.»

PIO XII. Mensaje de Navidad de 1952.

ACTUALIDAD PSICOLOGICA
DE LA
FILOSOFIA DE SANTO TOMAS

PRIMACIA DE LA PERSONA
PERSONAS E INSTITUCIONES

DESPUES DE LA MUERTE DE STALIN

¿Esperanzas de paz?

UNION EUROPEA Y CRISTIANDAD

por José M.^a García Escudero

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

REVISTA QUINCENAL

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

Precios de suscripción conjunta

A CRISTIANDAD y MOMENTO (Semanao gráfico) . 315 pesetas

A CRISTIANDAD, MOMENTO y LA FAMILIA. . . 350 pesetas

Al terminar la Misa únete
al sacerdote en sus preces
por la conversión de Rusia

Hotel Compostela



SANTIAGO DE COMPOSTELA

LECTOR

Varios padres misioneros españoles,
que en las lejanas tierras de la India
han conocido nuestra Revista, son
grandes entusiastas de CRISTIANDAD
¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 222446 y se te dará el nombre
de tu favorecido

PRODUCTOS CODORNIU Y GARRIGA, S. A.

ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS

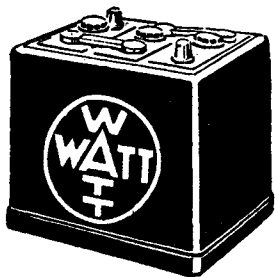
★
Badajoz, 112
BARCELONA

Federico Bernadà Roca

Agente Comercial Colegiado

Valencia, 347 - BARCELONA - Tel. 37 60 82

Gestiona: Suscripción y adquisición de revistas
y libros católicos, toda clase de trabajos
de imprenta y encuadernaciones,
cobro de recibos



TALLERES WATT

JUAN COMAJUNCOSAS

SERVICIO ELECTRICO DEL AUTOMOVIL

RADIO Y BOBINAJES

Córcega, 298 - Teléf. 27-62-28
(entre Paseo de Gracia y Rambla de Cataluña)

BARCELONA

Precio de este ejemplar: 7,50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

Actualidad Psicológica de la Filosofía de Santo Tomás

SUMARIO

EDITORIAL:

Actualidad psicológica de la Filosofía de Santo Tomás, por J. B. B. (págs. 105 y 106).

PLURA UT UNUM:

19 marzo: *San José, esposo de la Santísima Virgen* (pág. 107).

La primacía de la persona, según la doctrina de Santo Tomás, por Jaime Bofill Bofill (págs. 110, 111 y 124).

Personas e instituciones, por Francisco Hernandez (págs. 112 a 114).

El arco iris de la «Pax Romana», por Ramón Orlandis, S. I. (págs. 115 a 119).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

Tres notas sobre el triste ateísmo, por Faustino G. Sánchez-Marín (págs. 120 y 121).

Unión Europea y Cristiandad (V) Federalismo y Democracia, por José M.^a García Escudero (págs. 121 a 123).

DE ACTUALIDAD:

El sucesor de José Djughashvili, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 123 y 124).

De la quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 125 y 126).

De la quincena política, por Shehar Yashub (págs. 127 y 128).



La evolución del pensamiento filosófico e incluso literario de nuestros días ha conducido a la persona a un lugar central en el campo de las preocupaciones del mismo.

Esta orientación aproxima singularmente la filosofía actual a la filosofía cristiana — pese a lo aberrante de ciertas soluciones, que han llegado a provocar la intervención condenatoria del más alto Magisterio en la tierra. Porque nuestra filosofía, nacida del seno de una Iglesia Católica que profesa un Credo en un Dios personal; que hace consistir la perfección del hombre en la unión personal con Cristo; que se ha nutrido como de su más íntima fuente espiritual en el mensaje de Belén — no podía de ninguna manera sentirse a gusto entre las concepciones falsamente “universalizantes” del siglo XIX cual la del “idealismo”, con su “Yo” trans-personal; la del “positivismo”, con su culto a la “humanidad” o en general, la de todo intento de ocuparse del “hombre” olvidando el aspecto personal y único de cuanto como a hombre le afecta, y el carácter personal que, en consecuencia, debe el hombre dar a las grandes cuestiones fundamentales de su situación y comportamiento en el Mundo y del sentido y destino de su vida.

Entre tanto, hemos podido presenciar cómo los problemas epistemológicos y de metodología de las ciencias, que nos habían sido impuestos en aquellos años como único tema de diálogo, han cedido el lugar a cuestiones más fundamentales y serias, y harto más dignas del interés que se les concede.

Pero hay más. Este retorno de la filosofía al tema de la persona no constituye una simple cuestión académica, que luego la literatura haya divulgado de manera más o menos artificial: antes bien, al contrario, lo que en este momento está siendo objeto preferente de atención por parte del pensamiento más elevado y abstracto es al propio tiempo objeto de la más honda preocupación por parte de quienes se ocupan de la ordenación de la sociedad; y nos encontramos, por una vez, con que los motivos del pensamiento especulativo y las necesidades prácticas de la sociedad se encuentran coincidentes y piden una solución común.

Ello sitúa al pensamiento filosófico de nuestro tiempo frente a una grave responsabilidad histórica, que ya hemos señalado en otras ocasiones, a saber: la de tener que abandonar una afectada “pureza” o “desinterés”, o “intemporalidad” para cooperar, dentro de los límites de sus fuerzas, a la obra trascendente de la Redención de la humanidad, en un momento como el que vivimos, crucial para la suerte de los pueblos.

No que para ello deba desnaturalizarse, mezclándose, por ejemplo, inmediatamente con la dirección de los asuntos públicos, etc., en lugar de insistir en la *tarea propia* suya de precisar los principios e indicar los ideales, al contrario; pero de una parte esta misma dedicación suya a la empresa que le es propia de buscar la verdad por sí misma ha de dar como resultado el poner a disposición de la ciencia y de la prudencia políticas las premisas en que apoyen su actuación; mientras que la consideración del destino del hombre y del Universo — propia de la vida especulativa cuando deja de ser meramente “ciencia” para convertirse en “sabiduría” — debe dar sentido al orden práctico

EDITORIAL

mismo, toda vez que el fin penetra y valoriza lo que al fin se ordena.

Nuevamente, pues, una aproximación entre el pensamiento contemporáneo y la sabiduría cristiana, e incluso popular, se ha realizado: pues nunca admitieron éstas ciertas barreras artificiales entre especulación y acción, antes bien, han fundido en unidad estrecha los fines últimos de ambas. De buen o mal grado, el pensamiento filosófico actual, por la naturaleza misma de las cuestiones en que ha centrado su interés, se ve obligado a atender a la naturaleza social del hombre, a sus necesidades prácticas, a su actuación por la paz.

Importa, nos parece, insistir en estos hechos. La filosofía contemporánea ha trascendido al público, en efecto, casi exclusivamente por lo que de extravagancia, de pro-cidad, incluso de espíritu de blasfemia hay en ella y en los movimientos que en ella se amparan; pero es preciso caer en la cuenta de que estas manifestaciones enfermizas revelan una indigencia y malestar que *llegan al fondo auténtico del espíritu* y al poner, en consecuencia, la persona misma en cuestión — ni que sea en su triste desnudez — alcanzan, negativamente, por una especie de "via remotionis"; pero no menos realmente, las realidades fundamentales.

Ahora bien. En un momento en que esta inopia se hace sentir tan vivamente y empieza a ser reconocida; en un momento en que el alma va despojándose de los falsos ropajes del contento de sí en medio del naturalismo, de la apostasía, del crimen, ¿no podría considerarse la nueva situación creada como una remota preparación para la ac-

ción curativa de Dios? ¿No sería comparable su estado al del Hijo pródigo antes de emprender el retorno a la casa paterna (antes, incluso, de haberse detenido en la idea de un posible retorno; conservando todavía hacia su Padre un sentimiento de rencor que se manifiesta en este caso en el tono desgarrado de su ateísmo, tan distinto, vgr., del ateísmo "autosuficiente" del siglo XVIII); pero después de haber gustado ya hasta la saciedad las consecuencias de la separación?

Porque de ser así, entonces, el pensamiento contemporáneo representaría un aspecto particular de aquella extraña "aptitud" de nuestro tiempo para recibir el mensaje salvador de Cristo, que el P. Orlandis descubre en la que él llama la "actualidad psicológica de la idea de Cristo Rey":

"No es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad, que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo."

En la medida en que la Filosofía y Teología de Santo Tomás forman parte de este mensaje, el pensamiento contemporáneo sería un patente testimonio de la actualidad de la doctrina del Doctor Angélico, reclamada, sin conocerla, por la misma necesidad sentida de una doctrina y de una ordenación social que *restaure a la persona en el lugar de dignidad que por su naturaleza reclama.*

J. B. B.



San José esposo de la Santísima Virgen

(De «L'année Liturgique» de Dom Prosper Guéranger)

MEDIADA la Cuaresma nos llega una dulce alegría: San José, el Esposo de María, el Padre nutricio del Hijo de Dios, viene a consolarnos con su cara presencia.

El Hijo de Dios al descender a la tierra para revestirse de nuestra humanidad, necesitaba una Madre; esta madre no podía ser sino la más pura de las Vírgenes, y la maternidad divina no debía alterar en nada su incomparable virginidad.

Hasta que el Hijo de María fué reconocido como Hijo de Dios, el honor de la Madre pedía un protector: un hombre debía ser llamado a la gloria de Esposo de María. Y fué José, el más casto de los hombres.

No fué su única gloria el haber sido escogido para proteger a la Madre del Verbo encarnado; fué también llamado a ejercer una paternidad adoptiva sobre el mismo Hijo de Dios.

Los judíos llamaban a Jesús, hijo de José. En el templo, en presencia de los doctores de la ley, a quienes el divino Niño acababa de maravillarse por la sabiduría de sus respuestas y de sus preguntas, María dirigía la palabra a su hijo de esta manera: «Tu padre y yo te buscábamos llenos de inquietud». (San Lucas, XI, 48); y el Santo Evangelio añade que Jesús estaba sumiso a José como a María.

Grandeza de San José

¿Quién podría concebir y explicar dignamente los sentimientos que llenaron el corazón de este hombre que el Evangelio nos describe en una sola palabra. llamándole *hombre justo*?

¿Un afecto conyugal cuyo objeto era la más santa y perfecta de las criaturas de Dios; el aviso celestial dado por el Ángel que le reveló que su Esposa llevaba en su seno el fruto de la salvación, y le asoció como único testigo en la tierra a la obra divina de la Encarnación; las alegrías de Belén cuando asistió al Nacimiento del Niño, honró a la Virgen Madre, y oyó los conciertos angélicos; cuando vió llegar junto al recién nacido, a los pastores, pronto seguidos por los Magos; las alarmas que tan prontamente vinieron a interrumpir tanta dicha, cuando en medio de la noche tuvo que huir a Egipto con el Niño y la Madre; los rigores de este destierro, la pobreza, el desprendimiento de todo, de los que fué víctima el Dios escondido, de quien era nutricio, y la Esposa virginal cuya dignidad comprendía cada día mejor; el retorno a Nazareth, la vida humilde y laboriosa que llevó en esta ciudad, donde tantas veces sus ojos enternecidos contemplaron al Creador del mundo compartiendo con él su duro trabajo; en fin, las delicias de esta existencia sin igual, en la casa que embellecía la presencia de la Reina de los Angeles, y santificaba la majestad del Hijo eterno de Dios; considerando ambos con deferencia a José como jefe de esta familia que reunía a su alrededor con los vínculos más queridos, al Verbo encarnado, Sabiduría del Padre, y a la Virgen, obra maestra incomparable del poder y santidad de Dios?

No, jamás hombre alguno de este mundo podrá penetrar todas las grandezas de José. Sería preciso para comprenderlas abarcar toda la extensión del misterio con el que su misión aquí abajo le puso en relación, como instrumento necesario.

No nos sorprenda pues que este Padre nutricio del Hijo de Dios haya sido figurado en la Antigua Alianza bajo la fisonomía de un Patriarca del pueblo escogido. San Bernardo ha expresado muy bien esta semejanza: «El primer José, dice, vendido por sus hermanos, y en esto figura de Cristo, fué conducido a Egipto; el segundo, huyendo de la envidia de Herodes, llevó a Cristo a Egipto. El primer José guardando fidelidad a su amo, respetó a su esposa; el segundo, no menos casto, fué el guardián de su Soberana, de la Madre de su Señor, y el testigo de su virginidad. Al primero le fué dada la inteligencia de los secretos revelados en los sueños; el segundo recibió la confianza de los misterios del mismo cielo. El primero conservó las cosechas de trigo, no para sí mismo, sino para todo el pueblo; el segundo recibió en custodia el Pan vivo descendido del cielo, para sí mismo y para el mundo entero». (San Bernardo - 2.ª Homilía sobre el «Missus est»)

Muerte de San José

Una vida tan llena de maravillas, debía terminarse con una muerte digna de ella. Llegaba el momento en que Jesús debía salir de la obscuridad de Nazareth y manifestarse al mundo. En adelante sus obras iban a dar testimonio de su origen celestial; el ministerio de José estaba pues acabado. Era ya tiempo que saliera de este mundo, para esperar, en el reposo del seno de Abraham,

el día en que la puerta del cielo se abriría a los justos. Junto a su lecho de muerte velaba el dueño de la vida; con frecuencia le había llamado Padre; su último suspiro fué recibido por la más pura de las vírgenes, su Esposa. En medio de sus cuidados y asis-



tido por ellos, se durmió José en un sueño de paz. Ahora, el Esposo de María, el Padre nutricio de Jesús, reina en el cielo con una gloria inferior sin duda a la de María, pero lleno de prerogativas a las cuales nadie más sin duda es admitido.

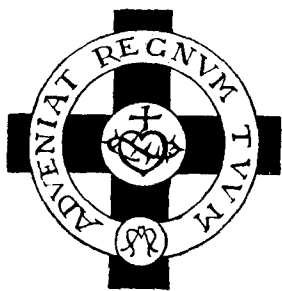
Protector de la Iglesia

Y desde allí derrama sobre los que le invocan, su poderosa protección. Dentro de unas semanas, una solemnidad especial será consagrada a honrar el Patrocinio de José; pero ya desde ahora quiere la Iglesia que la fiesta de hoy, diga a todos, la confianza que tiene y que quiere inspirarnos en el alto poder del Esposo de María. El 8 de diciembre de 1870, Pío IX proclamó a San José Patrón de la Iglesia Universal. Bendito sea este decreto aparecido como un arco iris. Gracias sean dadas al Pontífice que ha querido que la santa Iglesia más combatida que nunca por el furor de sus enemigos, reciba el derecho de apoyarse en el brazo de este hombre a quien Dios confió la misión de salvar de la tiranía de Herodes a la Virgen-Madre y su Hijo apenas aparecido en el mundo.

Dignaos interceder por nosotros ante el Dios hecho hombre. Pedidle nos conceda aquella humildad que os hizo llegar a tantas grandezas, y que será en nosotros la base de una sincera conversión. Por orgullo hemos pecado, por orgullo nos hemos preferido a Dios; sin embargo El nos perdonará si le ofrecemos «el sacrificio de un corazón contrito y humillado». Obtenednos esta virtud, sin la cual no existe la verdadera penitencia.

Rogad también, oh José, para que seamos castos. Sin la pureza del corazón y de los sentidos, no podemos acercarnos al Dios de toda santidad, que no sufre cerca de sí nada impuro o manchado. Por su gracia, quiere hacer de nuestros cuerpos templos del Espíritu Santo: ayudadnos a alcanzar esta elevación, a restablecerla en nosotros, si la hemos perdido.

Encomendados, en fin, a nuestra Madre. Si echa solamente una mirada sobre nosotros en estos días de reconciliación, seremos salvos: pues es ella la Reina de la misericordia, y Jesús su Hijo, el que os llamó Padre, no espera para perdonarnos, para convertir nuestro corazón, más que el sufragio de su Madre. Obtenédnoslo ¡oh José!, recordadle a María, Belén, Egipto, Nazareth, donde su valor se apoyaba en vuestra abnegación; decidle que os amamos, que también nosotros os honramos; y María se dignará recompensar con nuevas bondades para nosotros, los homenajes que rendimos a aquél que le fué dado por el cielo para ser su protector y su apoyo.



La devoción al Corazón de Jesús en la Cruzada para un mundo mejor

El Apostolado de la Oración considera la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como el medio que, según el sentir de la Iglesia, responde de modo peculiar a las necesidades de nuestro tiempo y prepara y promueve el advenimiento del Reino de Dios en el mundo.

(Estatutos del A. de la O., 2)

Lo que se afirma breve pero enérgicamente en los Estatutos acerca de la devoción al Corazón de Jesús debe entenderse según la historia del Apostolado de la Oración y muy principalmente según la doctrina del P. Enrique Ramière.

(La Dirección General del A. de la O.)

LA DEVOCION DEL AMOR Y DE LA MISERICORDIA

«No es una práctica particular... es la religión entera»

1.º La devoción de nuestros tiempos. Satisfacción divina de sus tendencias y curación de sus enfermedades.

Vamos a considerar la devoción al Sagrado Corazón en sus relaciones con las aspiraciones y con las enfermedades de la sociedad moderna; si sólo en ella hallamos la satisfacción de las primeras y la curación de las segundas, no tendremos dificultad en convenir que ella sea verdaderamente la devoción de nuestros tiempos.

Las aspiraciones de esta orgullosa sociedad son muy elevadas; pero, ¡cuán grandes, también, son sus enfermedades! Por una parte, quiere remontarse hasta lo infinito, espiritualizar la materia misma, divinizar cuanto toca; por otra parte, se confiesa incapaz de resistir a la fascinación de esta misma materia y de fijar la mirada de su espíritu sobre los objetos puramente espirituales. Nunca poseyó el espíritu humano imperio tan completo sobre la materia, y nunca ejerció la materia dominio más tiránico sobre el espíritu humano. Forzándola a servir a su codicia, él mismo se ha obligado a pedirle sus satisfacciones. Al hombre moderno le precisan, a cualquier precio, impresiones y emociones; la única literatura en gran boga es aquella que deleita al máximo y que menos se preocupa de lo verdadero: la novela. Y, sin embargo, a los ojos de este hombre sensual, la religión nunca es bastante espiritual; manifiesta el mayor desdén por los símbolos; en todas partes busca la idea pura y, principalmente, la idea de conjunto, la unidad de las cosas, la última expresión de todo. Ningún siglo fué a la vez tan riguroso en su crítica ni tan intemperante en sus aficiones. Nunca, en materia doctrinal, se fué tan exigente para la verdad y tan ávido de ficción y de hipótesis. Del mismo modo, en moral, nunca se juntó tanta severidad especulativa con tanta molición práctica. El exceso del rigorismo y el exce-

so de la lujuria, el jansenismo más implacable y el libertinaje más desenfrenado se han desarrollado paralelamente en el último siglo; y ¿quién negará que en este siglo no han dejado vástagos? De tal suerte, que la religión se ve atacada a la vez en la ayuda misericordiosa que ofrece a nuestra debilidad y en el freno que impone a nuestras pasiones. Allí es acusada de inmoralidad, acá se la imputa un rigorismo antinatural. Según unos, abate y encoge al corazón humano; según otros, es demasiado elevada para su debilidad.

Por medio de la devoción al Sagrado Corazón, la Religión cristiana se nos presenta igualmente apropiada para satisfacer las más opuestas tendencias.

A todas estas exigencias y a todas estas calumnias responde victoriosamente la devoción al Sagrado Corazón.

Por medio de la religión cristiana se nos presenta igualmente apropiada para satisfacer las más opuestas tendencias; ofrece a las imaginaciones sobreexcitadas e incapaces de alcanzar la nuda verdad, la más seductora de las imágenes; la faz del Hombre-Dios, resplandeciente de todas las amabilidades de su Corazón. A las almas ávidas de profundas y sublimes verdades, presenta el mismo Corazón como el centro de todas las cosas, la obra maestra de la creación material. Muestra a las almas dominadas por su sensibilidad, el Corazón de Jesús como el órgano de la más viva sensibilidad y el objeto más digno de ser amado con pasión; pero, al mismo tiempo, a los corazones más robustos o más exigentes que anhelan contemplar el heroísmo, en espera de que ellos mismos puedan realizarlo, les muestra este divino Corazón como la fuente de la más completa abnegación y de un incomparable sacrificio.

Esta devoción ofrece, por lo mismo, un remedio igualmente eficaz para las dos grandes enfermedades que aquejan a las almas de los incrédulos y a las de los fieles en nuestro tiempo. En los primeros, la seducción de la materia, que acabamos de señalar como la característica de nuestro siglo, produce, con respecto a las cuestiones religiosas, una disposición que, bajo ciertos aspectos, es más funesta que la impiedad: la indiferencia. En los segundos, esta misma flojedad de espíritu produce una tendencia destructora de toda virtud robusta: el desánimo. La indiferencia, pues, y el desánimo, la indiferencia que impide a los incrédulos llegar a ser creyentes, y el desánimo que priva a los cristianos de la energía necesaria para llegar a santos: he aquí las dos grandes llagas sociales. Ambas, encuentran en la devoción al Sagrado Corazón el antídoto más eficaz.

2.º ¿No será por esta devoción que Jesucristo lleva a su término el plan de su Encarnación?

«Les atraeré por los lazos del amor.»

Es, en efecto, la devoción del amor y de la misericordia. Recuerda el hombre, tan ávido de amor y, no obstante, tan lleno de egoísmo, que es el amor — un amor incomparable, en verdad, para su miseria —, quien hizo descender del cielo al Verbo de Dios; que este amor fué su alimento en este mundo, le acompañó al Cielo y continúa ocupando su atención. La agonía del Huerfano, la Cruz, la santa Eucaristía, todos estos milagros del amor, olvidados por los hombres, la devoción al Sagrado Corazón fuerza a recordarlos. Obliga a los hombres a creer que existe en el mundo alguien que les ama con pasión, infinitamente. ¿Puede concebirse algo más capaz de remover la más inerte indiferencia? ¿No será por esta

devoción que Jesucristo termina de realizar el plan de su Encarnación, que El mismo indica de manera tan conmovedora al decir: «Yo les atraeré por los lazos más adecuados a su naturaleza, por las cadenas del amor?» (Os. XI, 4).

Por otra parte, ¿qué otra cosa más adecuada, para levantar las almas postradas por el desaliento, que la vista de un Dios que busca velarse por completo para dejar de manifiesto sólo su Corazón; que vela su poder, su dignidad, su odio al pecado, a fin de que sólo resplandezca y triunfe su misericordia? ¿Cómo no sentirse llenos de una confianza sin límites al pensar que un Corazón que se nos muestra tan compasivo e indulgente, es el Dueño del mundo y el árbitro supremo de los acontecimientos, y que nada nos sucede que no haya sido ordenado o permitido por El, en atención a nuestra santidad y felicidad?

3.º El cristianismo llevado a su unidad.

Tal es la devoción al Sagrado Corazón, bien entendida; no es una práctica particular de devoción; es la religión entera; pero la religión considerada bajo su aspecto más luminoso y consolador. Es el cristianismo llevado a su unidad y considerado en la base de todos sus dogmas y el principio de toda su moral; pues, ¿qué otra cosa son los dogmas del credo cristiano, más que la manifestación del amor de Dios hacia los hombres? Y ¿qué otra cosa son los preceptos del Decálogo, más que la práctica del amor de los hombres hacia Dios? Ahora bien, el amor de Dios hacia los hombres, ¿dónde se ha

manifestado en todo su esplendor, y el amor del hombre hacia Dios, dónde se ha desplegado en todo su heroísmo, sino en el Corazón de Jesús? Es, pues, por el conocimiento y el verdadero culto al Corazón de Jesús, que la sociedad se acercará a Dios; por este Corazón, como por un canal divino, las bendiciones del cielo descenderán sobre la tierra; por él, como por un vínculo vital y vivificador de los diferentes elementos que componen la humanidad, los individuos, las familias y los pueblos, divididos en la actualidad como miembros de un cuerpo despedazado, volverán a hallar su unidad.

4.º El vínculo vital de la unidad del mundo: ¿Por qué no quieren comprenderlo los amigos sinceros de la humanidad?

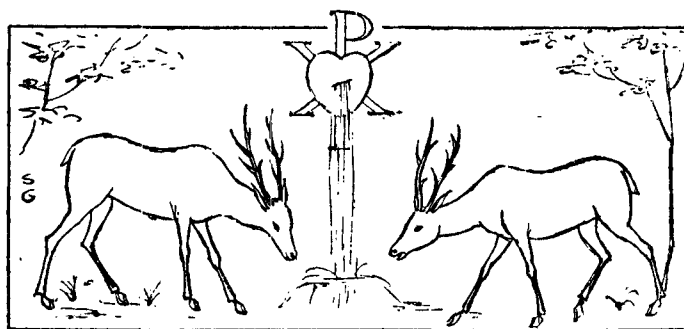
Es, principalmente, bajo este último aspecto, que es preciso considerar la devoción al Sagrado Corazón, si queremos comprender sus maravillosas afinidades con las tendencias de nuestro siglo. En varias ocasiones hemos señalado la tendencia irresistible que empuja a los hombres y a las naciones hacia una unidad más estrecha, al propio tiempo que el desarrollo de los intereses egoístas tiende a ensanchar los abismos que les separan. Estas dos opuestas tendencias son la verdadera causa de los desgarramientos sociales de que somos testimonios; estas escisiones no podrán, pues, hallar término más que cuando la sociedad haya hallado el secreto de hacer cesar esta funesta oposición, de destruir las inclinaciones egoístas y de dar ancho vuelo a los instintos contrarios.

Ahora bien: este secreto, Dios lo ha puesto a su alcance al revelarle la devoción al Sagrado Corazón. Por este divino Corazón, en efecto, los hombres de cualquier raza y condición no forman tan sólo, en conjunto, un solo pueblo y una sola familia, sino que constituyen un solo cuerpo, viven de una misma vida, que es la vida misma de Dios; tienen un mismo destino, que es la felicidad de Dios. De ahí, pues, que los intereses de los ricos y de los pobres, de los civilizados y de los bárbaros, de los hombres del Oriente y de los del Occidente, de las razas latina, eslava y sajona, de los hijos malditos de Cam, tanto como los hijos de Sem y de Jafet, se encuentran no sólo conciliados, sino también identificados y confundidos.

Que el Corazón de Jesús sea conocido, amado e imitado en el mundo, y desde aquel momento no habrá ya guerras, divisiones, ni posibles rivalidades; el egoísmo sería un contrasentido, ya que la gloria de la riqueza y la felicidad de cada uno no podría ya consistir más que en realzar, enriquecer y servir a sus hermanos. Que reine el Corazón de Jesús, y la unidad del mundo se consuma.

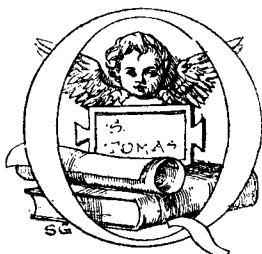
¡Ah! ¿Por qué no quieren comprenderlo los amigos sinceros de la humanidad? ¿Por qué la misma humanidad, que interroga con inquieta visión los límites del horizonte, en la esperanza de ver asomar el astro precursor del día luminoso de su unidad, no quiere abrir los ojos para contemplar este espléndido sol, que brilla con todo su esplendor en el firmamento de la Iglesia? Y ¿por qué los cristianos se esfuerzan tan poco para obligarla a ver esta consoladora luz?

(Fragmento de la obra del P. Enrique Ramière: «Las Esperanzas de la Iglesia»)



LA PRIMACIA DE LA PERSONA, SEGUN LA DOCTRINA DE SANTO TOMAS

Una doctrina de la persona, como alternativa
entre individualismo y colectivismo



Ueremos aludir de modo más directo, ni que sea con la inevitable brevedad, al contenido mismo de la filosofía del Angélico con respecto a la dignidad de la persona, a que se refiere nuestro artículo Editorial. Diversos escritores se están ocupando de ello en los últimos años, especialmente en función de los problemas de la Sociedad. En otro lugar hemos tratado, por nuestra parte, el problema desde el punto de vista de la consideración especulativa, definiendo a la persona como el objeto por excelencia de esta actividad, la más noble del espíritu, que consiste en la contemplación. Pero hoy vamos a limitarnos al punto de vista social, ya para mantener la continuidad temática con otros artículos publicados en *CRISTIANDAD*, ya, sobre todo, por el interés central que a este problema concede el Romano Pontífice en una serie de grandes documentos.

La concepción tomista de la Sociedad puede resumirse diciendo que la Sociedad es una unidad interpersonal, que las relaciones sociales — incluso las más materiales — deben plantearse como relaciones interpersonales. Pese a lo obvio de este punto de vista para todo cristiano, no es tan fácil adoptarlo consecuentemente en la teoría y en la práctica, y escapar a la vez a los dos miembros de una disyuntiva que, al decir de S. S. Pío XII en el último Mensaje de Navidad, constituyen uno y otro una grave perturbación del orden querido por Dios, a saber: que, o bien la persona se afirma y afina en sí misma, y se *contrapone* al Estado o a la Sociedad en general (individualismo); o bien, al contrario, se *subordina* a ellos a la manera como la “parte” se subordina al “todo”. Este segundo peligro (colectivismo) ocupa preferentemente la atención del Papa en el Mensaje aludido.

El peligro «colectivista»

No sería el colectivismo un peligro real si estuviese falto de toda justificación. En realidad no puede ser así, y basta considerar la creciente complicación de las relaciones sociales, de los problemas que la Sociedad tiene planteados en nuestros días, para que aparezca con evidencia la necesidad de subordinación de la persona a la Sociedad de que forma parte.

Nótese, sin embargo — y aquí está tal vez el meollo de la cuestión —, un matiz sutil de terminología. La palabra “parte”, empleada para caracterizar la situación de la persona dentro del todo social — cuando decimos que la persona “forma parte” de la Sociedad — no implica que la persona sea mera “parte” de ella como una pieza es parte de una máquina o un miembro lo es del organismo; y sin embargo, hay una analogía que justifica el uso de un mismo término en estos diversos casos; analogía forzada en una concepción “mecanicista” o “biologista” de la Sociedad, pero no por ello menos real. Así,

encontraríamos con frecuencia en el propio Santo Tomás esta comparación para hacer notar la pertenencia de la persona a una unidad superior a la que se debe, y por la cual ha de sacrificar sus intereses particulares, incluso, en determinadas circunstancias, su misma vida.

Ahora bien: si la palabra “parte” expresa en los ejemplos citados la pertenencia de una realidad dada a un todo o unidad superior, el tipo o modo de pertenencia es radicalmente distinto en ellos; ya que lo característico de la “parte” propiamente dicha (la parte de un todo substancial, o incluso la parte de un todo colectivo en cuanto equiparable a aquélla) es justamente carecer de “personalidad”. En cambio, el miembro de una comunidad social no pierde, sino que conserva su personalidad, el dominio de sí y su libertad de iniciativa *incluso* en su subordinación al bien común, incluso cuando en interés de este bien común se le exige el sacrificio de sus derechos. Ciertamente existen atributos “impersonales” en el hombre, que dan lugar a formas “impersonales” de relación social (así sucede siempre que el hombre es requerido como simple “capacidad funcional”, si vale la expresión; es decir, no “por ser quien es”, sino por “algo” que de él se espera, por sus “cualidades” o aptitudes para obrar); pero una organización social que se asiente en esta base, que atienda a la “función” sin consideración a la “persona” es contraria a la naturaleza del hombre, cuya condición “personal” es inamisible en toda circunstancia.

Aquí radica la falla de las concepciones “colectivista”, “centralista” o similares, a saber: en reducir a una simple condición de “parte” a los miembros de la comunidad social. La consecuencia para la Sociedad misma es muy grave, porque esta subordinación de los miembros a la Sociedad a manera de “partes” impersonales *eliminará de las relaciones sociales todo factor espiritual propiamente dicho*, o, como dice el Sumo Pontífice, toda vida interior. Mas, en este momento, la Sociedad humana — cuya razón de ser más profunda está en robustecer la personalidad de todos sus miembros — habrá perdido cuanto la distingue, en definitiva, de las formas de convivencia puramente animal.

En esta hipótesis, la Sociedad se ordenará bajo un modelo “mecanicista” (la expresión es de Pío XII) o a lo más “organicista”, uno y otro incompatibles con una consideración plenamente “personal” del hombre.

Enumeremos rápidamente alguno de los caracteres que revestirá una Sociedad así constituida.

Las relaciones sociales, sean privadas o públicas, no se apoyarán en la conciencia ni en motivos morales. En consecuencia, toda Ley tenderá a ser considerada como una Ley penal, la actuación de la Justicia como una acción administrativa. Se despojará a la autoridad social de toda majestad; la realeza (que entraña este elemento de “majestad” como un requisito esencial) no será posible.

Por otra parte, la dinámica social no se polarizará en función de un ideal propiamente dicho. Ello entrañará que la solidaridad social se establezca tan sólo para la satisfacción de las necesidades de cada uno, o, lo que es lo mismo, sobre el egoísmo. Pero siendo el egoísmo, por naturaleza, disgregador y no unificador, la solidaridad social no tendrá alguna estabilidad sino recurriendo a

móviles de temor: en primer lugar, la presión estatal o social; con frecuencia, además, suscitando un "antagonista" y lanzando a la Sociedad por los caminos de una "competencia" que podrá ser más o menos noble y "deportiva" durante algún tiempo, pero que, de sí, tenderá a endurecerse y a degenerar en formas de violencia.

No faltan llamativos ejemplos de lo que estamos diciendo en las sociedades de nuestros días. Así, el "unión" lanzado al proletariado de todo el Mundo, se sostiene explícitamente sobre el postulado de la lucha de clases (la burguesía actúa de antagonista); luego, esta "unidad" misma se "mecaniza" y se mantiene por la presión de los Sindicatos, dando lugar a una nueva fase en el camino de la redención del proletariado, a saber: la necesidad de salvaguardar la "personalidad" del trabajador frente a estas mismas organizaciones "impersonales" que nacen, en un principio, para protegerle (1).

Otro flamante ejemplo lo encontraríamos en la propugnada "Unión europea" a base de la presión económica americana, y por contraposición a Rusia y países comunistas, que encarnan el necesario antagonista. Nótese la distancia que separa a esta "nueva Europa" de la antigua "Cristiandad" medieval, primariamente constituida en razón de una unidad espiritual.

Concepciones opuestas al «colectivismo».

Postulados de toda solución que se apoye en la persona. Primeros elementos de una solución «ad mentem S. Thomae».

La concepción "colectivista", o "centralista", de la Sociedad como un "todo" del que sus miembros son "partes" tiene un primer adversario en el "individualismo"; solución con la que viene alternando pendularmente en la Sociedad moderna, pero que no trasciende al colectivismo, toda vez que se apoyan en unas mismas bases. De aquí que varios pensadores, de escuela y formación diversas, hayan buscado en la noción de "persona" que nos ocupa la posibilidad de superar el plano mismo en que la disyuntiva "colectivismo-individualismo" se plantea. A estas tentativas les da una enorme autoridad el hecho de que el Romano Pontífice mismo haga hincapié en la noción de persona como centro de su sistema social, para la edificación de un Mundo mejor.

Importa, pues, que puntalicemos en lo fundamental las notas de una solución correcta dentro de esta nueva línea, ya que, hemos dicho, no faltan hondas divergencias entre los que pretenden situarse en ella.

Una concepción centrada en la persona o será tan sólo un nombre, o deberá poner su acento en el carácter de "intimidad", de "vida interior", distintivo del ser personal. Una concepción católica (y, por consiguiente, también la concepción tomista) al definir fundamentalmente a la persona por su "capacidad de Dios" (como "capax Dei") concebirá, además, esta vida interior no como descanso y complacencia en meros estados "subjetivos" de espíritu, como un ensimismamiento y reclusión en sí intrínsecamente morbosos, sino al contrario, como una apertura, una "ría" hacia un último Fin, la eterna bienaventuranza, que consistirá en la unión personal con Dios. Un paso más, y la misma dinámica social se reabsorberá en el movimiento que esta ordenación al último Fin imprime al espíritu, por cuanto la razón de ser de la Sociedad se hará consistir en procurar al hombre el clima ambiental y los auxilios indispensables para la consecución de este Fin.

Disponemos, pues, con esto de una concepción fuertemente unificada. El orden práctico y social, subordinado a una vida interior que tiene como fin preparar y posibilitar; esta vida, por su parte, concebida como tensión

espiritual hacia un Fin trascendente, común como tal a todos los hombres; los cuales, en consecuencia, estarán unidos entre sí no sólo por la base de su espíritu, sino también por la cumbre, por cuanto este último Fin es, para todos ellos, uno y el mismo.

Y sin embargo, de limitarnos a esto quedaría, nos parece, un dualismo imperfectamente reducido. En efecto. El último Fin de todos los hombres, cabría preguntar, ¿les es común de modo simplemente *distributivo* o también de modo *colectivo*? ¿Es, en otras palabras, un Fin verdaderamente *social*?

Una segunda pregunta podría plantearse, simétrica a la anterior: la Sociedad propiamente dicha, ¿debe relegarse a una zona inferior y extrínseca de la persona? ¿Debe reducirse a la categoría de condición indispensable para la vida espiritual, de un tributo que esta vida espiritual debe pagar en el hombre a las exigencias de su cuerpo y a las indigencias de su espíritu? O dando otro giro a la pregunta, ¿habría todavía Sociedad, de ser el hombre perfecto, o bien ella tiene como única razón de ser tan sólo nuestra imperfección?

Una Sociedad de seres personales es ante todo una unidad o comunión espiritual la prosecución de un ideal común

Hemos dejado planteadas dos preguntas al fin del párrafo anterior. A la primera de ellas, nos parece, hay que responder: que el último Fin del hombre es un Fin interpersonal, un Fin "social" en el sentido propio de la palabra. ¿No recordamos, en efecto, que el último Fin del hombre es una Sociedad con Dios, una "amistad" e íntimo conocimiento que unirá con Dios y en Dios a todos los bienaventurados? ¿No recordamos los términos tan significativos de "Patria", "Familia", "Societas beatorum", "Reino de los Cielos", etc., con que la tradición designa esta perfectísima Sociedad, eminentemente interpersonal?

Una interpretación estrecha del tomismo, como la de no sé qué doctrina "intelectualista", había eliminado estos aspectos — tan obvios y fundamentales para la mentalidad cristiana — de la síntesis de Santo Tomás; y le había atribuido una concepción del último Fin del hombre en la línea de la simple "visión" o "posesión" de Dios por una intuición intelectual. Hasta el punto que ha podido interpretarse por algunos críticos como una renovación la dirección tomada en mi libro *La Escala de los Seres*, al defender este punto de vista más completo, según las orientaciones que desde hace mucho viene imprimiendo el P. Orlandis, S. I., al estudio de los que nos hemos formado bajo su dirección. Por esto causó gran satisfacción en nosotros que un autor tan considerable como el P. Maréchal, S. I., confesara en un apéndice al último tomo de su gran obra *Le point de départ de la Métaphysique*, como una laguna de la misma, que debería ser colmada en un volumen ulterior: "El ser intelectual es una "persona", y no puede satisfacerse con un último Fin que fuese tan sólo una "cosa", un "bien" que debería poseer: si Dios es nuestro último Fin, parece que ha de serlo en tanto que "personal". Pero, de persona a persona, la sola relación susceptible de colmar las aspiraciones profundas es el don recíproco y libre de la amistad" (2). Un "intelectualismo" suficientemente vigoroso, consecuente con las exigencias profundas del dinamismo intelectual, ha desembocado, pues, finalmente, en una concepción que lo desborda, y que nos introduce, por fin, en el centro de la mente de Santo Tomás.

Esta manera de considerar el último Fin del hombre como un Fin social, no puede menos que repercutir, por simetría, en la noción de la humana Sociedad. Así, nos

Termina en la página 124

PERSONAS E INSTITUCIONES

"A todos éstos hace tiempo se repite incesantemente que su caso no se puede considerar como personal e individual; que la solución se debe encontrar en una ordenación que hay que establecer..." (1).

Perplejidad

"Muchos de esos proyectos, que se Nos presentan de parte de individuos o de grupos, denotan sin duda la buena voluntad de sus autores; pero su misma extraordinaria abundancia y las frecuentes contradicciones en que incurren, revelan un estado de general perplejidad."

—¿Que cómo emprender la reconstrucción de la sociedad cristiana?... No cabe duda que es necesario apoyarse en las estructuras sociales, donde se encuadran los individuos, y de las que reciben éstos su configuración y fisonomía.

—Pero, ¿no habíamos quedado en que habría de empujarse por los individuos mismos, por su vida personal, procurando que ésta se convierta en existencia auténticamente cristiana?

—En efecto.

—Luego...

* * *

He aquí la antinomia, no ya latente, sino manifiesta y declarada en cualquier debate que intente situar el problema en un orden de aproximación a las realizaciones prácticas.

Perplejidad.

Quizás parezca un poco extraño calificar así el estado de ánimo de quien se propone buenamente orientarse frente a tal antinomia, que se plantea a la conciencia individual de cada uno. Pero esto responde a la misma complejidad de la situación en que se halla el hombre moderno.

Ese estado de perplejidad es, pues, un hecho. Pero veamos en qué consiste el problema y así también la antinomia; porque la perplejidad podemos suponer que se debe a la antinomia misma, es decir, a la contradicción en que aparentemente nos encontramos al intentar, en esa posible empresa de cristianización de la sociedad, hacer compatibles dos atenciones: la dirigida a las estructuras sociales, a las "instituciones", y aquella otra que apunta al individuo en la singularidad de su vida.

El problema. Anotación histórica

"Diríase, por desgracia, que la humanidad moderna ya no es capaz, especialmente si se trata de calamidades de gran extensión, de realizar esta dualidad en la unidad, esta necesaria adaptación del orden general a las condiciones concretas y siempre diversas..."

1. LA INSTITUCION

"O se hace depender la salvación de una ordenación rigurosamente uniforme e inflexible, que abraza a todo el mundo... de una nueva fórmula social redactada en fríos artículos teóricos..."

No por muy repetido resulta menos necesario insistir sobre uno de los hechos más significativos de nuestro tiempo: la "masificación". Tanto en el orden social como

(1) Todas las citas que se incluyen en el artículo se refieren al *Mensaje de Navidad* del año 1952 de S. S. Pío XII, a excepción de referencias en la que ya se hace constar explícitamente así.

en el orden político ha tenido como resultado inmediato el predominio de las "instituciones", hasta llegar a planificar incluso la "cultura". La institución lo ha devorado literalmente todo.

¿Cómo ha sido posible tal cosa? Sin duda por una progresiva anulación de los valores personales o individuales. Al resignar el hombre su libertad se ha apoderado de ella la institución. Esto, que tiene primariamente un sentido social y más tarde una plena cristalización política en los regímenes totalitarios, esto, decimos, se traduce, al margen de su significación teórica que veremos después, en un estado de cosas caracterizado por el divorcio de las directrices que trazan las instituciones, respecto del real sentir y vivir de la persona individual.

Gravita entonces, como una losa, la rigidez de la norma sobre la espontaneidad de las formas vitales, y la existencia toda de la sociedad resulta como sepultada. La arbitrariedad de las palabras, hueras en este caso a todo serlo, adquieren lógicamente una especie de resonancia sepulcral.

Lo advertimos a cada instante. Es la atmósfera que respiramos todos los días. Dejando incluso al lado las instituciones políticas, sociales y económicas, fijémonos en los casos extremos: instituciones culturales, de arte, de enseñanza, de periodismo, de caridad. En el seno de estas febriles organizaciones hemos comprobado hasta la saciedad que todo contenido humano languidece; y es porque, atacadas de nominalismo, nacen heridas de muerte. Hay un no sé qué de fallido; en el fondo hay un tremendo desinterés personal.

2. EL INDIVIDUO

"... o, rechazando toda receta general, se la entrega (la salvación) a las fuerzas espontáneas del instinto vital y, en la mejor de las hipótesis, a los impulsos afectivos de los individuos y de los pueblos."

Frente a esto anotemos el esfuerzo violento de la persona por afirmar la vertiente irracional de lo humano. Esta postura ha encontrado amplia difusión por todos los campos de lo que pudiera llamarse "cultura". Resulta especialmente grave en Filosofía y en Teología, viniendo de las nuevas ideologías existencialistas, pero sobre todo se difunde en su aplicación práctica a la conducta, por ejemplo en la "moral de situación" (2).

No dejaría de ser muy interesante averiguar en qué medida entroncan esas dos direcciones fundamentales del modo de pensar y de ser de la época actual, y cómo, en su posible antagonismo, la una parece tener más carga ideológica y sentimental, mientras que la otra se nos presenta sin duda dotada de mayor vigor y vigencia política.

El problema. Anotación teórica

"De este modo se revela el origen y el punto de partida de la corriente que arrastra al hombre moderno a un estado de angustia: su "despersonalización". Se le ha quitado en gran parte el rostro y el nombre; en muchas de las más importantes actividades de la vida ha quedado reducido a mero objeto de la sociedad, porque ésta, a su vez, se ha transformado en un sistema impersonal, en una fría organización de fuerzas."

El conflicto que aquí se debate entre el individuo y la institución tiene unas muy hondas raíces. Si hoy se nos

(2) Vid. Alocución del Papa a los jóvenes de la "Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas", 18 abril 1952. Vid. en la *Separata de CRISTIANDAD*, 1952, pág. 83.

manifiesta de este modo, tan socialmente descarnado, se debe a haberse afilado las aristas de las posiciones, al acentuarse cada vez más el distanciamiento entre ellas, lo que ocasiona una especial repercusión en la vida de los hombres.

Y esas hondas raíces de que hablamos se sitúan en el debate secular alrededor de la antinomia de lo uno y de lo múltiple, de lo universal y lo particular, de la especie y el individuo, de la norma y la vida, de la ley y la libertad, o si se quiere, variando un poco el ángulo de perspectiva, de la ley y el amor.

Advirtamos que precisamente se ha producido, hoy como nunca, un profundo divorcio entre esas realidades, escisión buscada, querida, hecha estallar con gran aparato de expresiones imaginativas. De aquí el culto de la paradoja y del sentimiento trágico de la vida.

Si el racionalismo y el idealismo ahogaban al individuo — he ahí el punto de arranque del socialismo moderno —, el existencialismo por su parte pulveriza la especie, enfrenta la existencia de la persona individual a la naturaleza humana, hace a la esencia consecuencia problemática de la existencia — aquí radica la “moral de situación” por ejemplo —, y hace recaer la filosofía y la conducta en un nominalismo más exacerbado que nunca.

Con esto se altera totalmente el orden de las cosas; no ya ese orden artificioso que puede no ser sino su simple ornato, pero aun aquel otro que, siendo una necesidad natural, dimana de la misma esencia de lo real.

Esta mecanización de la sociedad representa un moderno nominalismo radical llevado a la práctica. Nominalismo que desde las modernas concepciones filosóficas ha pasado a sellar y empapar el modo de ser de las instituciones, porque antes fué, y continúa siendo, aquello de lo que se alimenta el hombre corriente.

Importa mucho tener una idea precisa de lo que esto significa. El nominalismo no admite la existencia de ideas generales, sino sólo de nombres o vocablos, es decir, de una especie de etiquetas para designar arbitrariamente las cosas, a las que, en rigor, se les destituye de una esencia común, atribuyéndoles meramente su inalienable singularidad. Sólo nos cabe, pues, la posibilidad de una ciencia simbólica de las cosas, ciencia de esos símbolos que para nombrarlas utiliza el lenguaje.

Nominalismo en la política, porque se barajan los destinos de los pueblos barajando palabras; nominalismo en la cultura, porque es generalmente burguesa, lo cual equivale a decir que es superficial y formularia; nominalismo en la vida, porque es estereotipada. En fin, nominalismo en la enseñanza y en la educación — y ésta es la causa de todos los nominalismos en la práctica — porque tan sólo se preocupa de constituir el patrimonio espiritual del hombre con una retahíla de palabras diametralmente distantes de lo real.

Resumamos: racionalismo, idealismo, y en oposición: existencialismo, nominalismo, nos han situado en un mundo humanamente desquiciado.

¿Cómo retornar otra vez al contacto fecundo con la substancialidad de las cosas, y cómo volver a articular las piezas desperdigadas de la realidad viva del hombre? ¿De qué modo reconstruirlo todo y a costa de cuántos esfuerzos?

La desorientación, el desespero de nuestra época no es algo, no puede serlo, surgido fortuitamente. Porque nada de tanta trascendencia aparece, así sin más, en el horizonte de las preocupaciones de toda una época. Mucho de inédito hay en ellas, pero eso no quiere decir que no sea posible alcanzarle una solución ya muy antigua. Y se comprende, dado que nos hemos referido a la antigüedad del debate. Lo que no había sucedido jamás — ¿cómo iba a poder suceder? — era el modo de presentarse.

Ahora bien, es algo incontrovertible que a nuestro tiempo se le aparece un abismo cada vez más hondo entre aquellas dos dimensiones de la persona: la naturaleza y la individualidad — de las que habrá de surgir esa tercera dimensión, que es, precisamente el orden —; con lo cual resulta mucho más agudizada la distensión que amenaza descuartizar al hombre.

¿Una solución del problema? Instituciones...

“Si se logra — así piensan — coordinar las fuerzas de los hombres y las disponibilidades de la naturaleza en un complejo orgánico único, encaminado a asegurar la capacidad de producción máxima y siempre creciente, mediante una organización estudiada y llevada a efecto con la solicitud más minuciosa, así en las grandes líneas como en los más pequeños pormenores, resultará de aquí toda clase de bienes deseables: la prosperidad, la seguridad individual, la paz.”

¿Qué puede hacerse, colocados como estamos en esta encrucijada? ¿Arrostrar el riesgo de confiar a la técnica la salvación de aquel abismo? Concretamente esto es lo que se pretende: echar todo el peso del género humano sobre instituciones diseñadas de antemano. Se piensa firmemente en el poder de éstas para encauzar la vida social y política. No ya en el plano minúsculo de la vida ciudadana y regional, sino en el ámbito nacional e internacional se indaga el montaje de posibles instituciones que encapsuladas unas en otras organicen y salven la vida.

Ahora estamos en trance de creer que la todopoderosa “organización” puede solucionar todos los males. Y esto proporciona un optimismo pueril hasta en las mentes supremamente responsables de la política mundial. Échese un vistazo, pongamos por caso, al singular discurso de despedida del expresidente nada menos que de los Estados Unidos, Mr. Truman.

En esta misma línea están los intentos que han llevado a la constitución de las gigantescas organizaciones internacionales: el sueño de unos Estados Unidos de Europa, la proliferación de agrupaciones de toda índole en torno a la ONU, etc., etc. A mayor abundamiento ¿quién no ha leído en estos últimos tiempos por lo menos algún artículo en cualquier publicación, sobre la tan debatida cuestión de la “unidad europea”, orientada en este sentido?

Y si de este plano nos reducimos al más modesto, pero tanto más significativo, de la vida social interna de los pueblos ¿acaso no hemos de toparnos con el mismo espíritu? Y ya que aquí estamos ¿podrá nadie negar que en ocasiones, incluso la mejor buena voluntad preside esos intentos? A este respecto se advierte la fundación de muchas instituciones que se proponen laborar por la recristianización de la sociedad, y que sin embargo están desde el principio condenadas al fracaso, a una disolución lenta, sí, pero ineluctable, precisamente por causa de haber caído en la ilusión de este tipo de soluciones inoperantes.

Qué es una institución

“La sociedad moderna, en efecto, que quiere prever y organizarlo todo, choca, a causa de su concepción mecánica, con lo que vive y con lo que por eso no puede sujetarse a cálculos cuantitativos, y más concretamente con los derechos que el hombre ejercita conforme a su naturaleza bajo su única responsabilidad personal.”

Mejor se debería preguntar qué sea una institución hoy día, o de otra manera: a dónde han venido a parar las instituciones.

Recordemos que el liberalismo se proponía fundamen-

talmente liberar de ellas al hombre, emanciparle de la sujeción a cualquier traba que pudiera limitar su libertad. Y así la historia pudo asistir a la disolución de las instituciones más sagradas. Amontonados entonces los hombres como puedan estarlo los escombros de un derribo, se tuvo que intentar agruparlos de nuevo. Esto fué absolutamente necesario. Y lo que sucedió todo el mundo lo sabe: se los clasificó como suelen no pocas veces clasificarse los ladrillos de una obra o los libros de una biblioteca. Se estructuraron ahora las instituciones cuadrículamente como alguna vez se ha hecho con las naciones en departamentos o estados.

Entonces las instituciones perdieron toda su fuerza porque vinieron a estar montadas en el aire, desde arriba, por la razón humana, en vez de levantarse desde abajo, a partir de su raíz, arrancando de la naturaleza.

Una institución es un producto muy complejo y al mismo tiempo de una extraordinaria sencillez. De complejidad les dota la historia; la naturaleza les proporciona sencillez.

Una institución debe ser un lento cristalizar, un esfuerzo de pulimentación de las formas de vida, que van reposándose así en la historia. Por ejemplo, ciertas instituciones jurídicas. De aquí se deduce cuándo y por qué las instituciones son buenas. En qué medida sean favorables para el desarrollo de la actividad humana, eso se desprende de su misma bondad, y en la mayoría de los casos de su misma necesidad.

Por el contrario, una institución hoy significa una tajante ordenación situar de las cosas y de los hombres; una disposición arbitrada espacialmente, por decirlo así, de la materia, sin ahondar en la corriente fluída de un orden más íntimo, de un orden dinámico o final subyacente a todo lo creado.

Desaparición de la antinomia

"La razón de bien, en la medida que estriba en la perfección, consiste en el modo, la especie y el orden."
(S. Teológica, I.^a, q. V, art. 5.)

Se trata de ensamblar otra vez estos elementos que constituyen el modo de ser del hombre y de todo lo que existe.

Puesto que en la persona podemos distinguir su naturaleza, su individualidad y su ordenación a un fin (species, modus et ordo) — sus tres elementos constitutivos y perfectivos —, por eso en el sistema de relaciones naturales y sobrenaturales que en su naturaleza y en su historia se fundan, es decir, en su especie y a través de su individual y personal elevación a la gracia, por eso ahí desembocará de modo irremisible la misma sociedad y cualquier institución humana.

La persona es algo que está primordialmente en la intención de la Naturaleza, dirá Santo Tomás. Y añadirá: las cosas inferiores al hombre se ordenan a él; las criaturas todas apuntan a la perfección del universo entero, que a su vez, por medio de la persona — notémoslo bien — se ordena a Dios.

Ésta es la más grande lección de actualidad filosófica que hoy nos puede proporcionar el Doctor Angélico. Pero cuando en nombre de la "persona" se dicen ahora tantas cosas arbitrarias, no olvidemos que Santo Tomás quiso justamente asegurar a la existencia de la persona una consistencia, algo de qué ser, una esencia en definitiva.

En esto radica el fundamento de la dualidad de lo uno y de lo múltiple, y en su armonía la desaparición de la antinomia.

Y solución del problema

"Es menester, sobre todo, preservar de una malsana "despersonalización" las formas fundamentales del orden social, y utilizarlas para crear y desarrollar las relaciones humanas. Si las fuerzas sociales van dirigidas a esta meta, no sólo cumplirán una función natural suya, sino que contribuirán poderosamente a satisfacer las presentes necesidades."

Volvamos ahora al comienzo. Aquella perplejidad interrogadora, si algo tiene de actitud saludable y profunda, es porque sitúa al hombre en la exigencia, en la forzosa necesidad de volver a plantearse las cuestiones en su primitiva dimensión.

A este respecto hubiéramos querido poner de manifiesto que el mundo actual confía en las instituciones. Mucho más exageradamente todavía de lo que confió el mundo liberal en el individualismo.

Por consiguiente, a los que han podido asistir al fracaso de ambos intentos de felicidad universal, ¿les será legítimo o siquiera posible ya decidirse por alguno de los dos? En todo caso resulta obvio que hay que escoger un camino, pero un camino en cuya elección no sea el factor primordial el escarmiento por los concretos fracasos de estos últimos tiempos. Por la sencilla razón de que un desastre, si es aleccionador, débese a que corrobora, no a que funda una doctrina.

En este sentido no se trata de echar por el camino de enmedio, que sería como una línea espacialmente equidistante de ambos extremos. La solución sólo hasta cierto punto es más compleja. Requiere, en definitiva, airear viejos conceptos básicos alrededor de la persona.

Para ello es menester darse cuenta de que resultará fallida toda solución que pretenda jugar los conceptos de individuo y de institución en función de planos yuxtapuestos que siempre vendrán a ser indefinidamente paralelos.

Habrà, por el contrario, que ir a través de la institución al individuo y por el individuo a la institución. Pero este engarce ilativo entre ambos no se puede llevar a cabo, sino en una consideración del individuo como persona. Recordemos la aparente antinomia. La sociedad será buena cuando lo sean los hombres que la integran, pero también sucederá que una sociedad, unas instituciones buenas, harán buenos a los que sean absorbidos por ellas.

Por un lado, pues, dirigirse a la persona, intentar que la persona se constituya como tal, vale tanto como emprender la obra de vigorización y regeneración de sus más inmediatas y espontáneas relaciones sociales por las que se vincula a la familia y a la sociedad civil, y a través de éstas, a todas las demás instituciones temporales.

Todavía podemos añadir algo: sobrenaturalizar la vida de la persona representa sobrenaturalizar dichos vínculos sociales y políticos, dotarlos de un nuevo carácter.

Pero también hay necesidad de dirigirse a las estructuras sociales, a las instituciones. Efectivamente, una empresa de recristianización ha de orientarse desde su mismo inicio, como dice el Papa, a la utilización de las formas fundamentales del orden social, que comporta una sobrenaturalización, por ejemplo, de la familia, del Estado y de toda agrupación de personas.

Por aquí se llega otra vez a la persona, porque ella es, en última instancia, "el camino de enmedio" entre el individuo y la sociedad. Ésta es la solución del problema: las dos cosas forzosamente y al mismo tiempo, *individuo e institución*, sin contradicción ninguna en ello, siempre que sea a través de la *persona*.

FRANCISCO HERNANZ

EL ARCO IRIS DE LA «PAX ROMANA»

El artículo del P. Ramón Orlandis, S. I., que íntegramente reproducimos a continuación, apareció en el núm. 54 de CRISTIANDAD (15 junio 1946) en ocasión del XIX Congreso Internacional de «Pax Romana» celebrado en España. Recomendamos a nuestros lectores, y aun a nuestros redactores y colaboradores, no dejen de leerlo y relacionar su doctrina con la contenida en los dos artículos (incluidos en los últimos números) sobre el «Optimismo Nuclear» y sobre «La actualidad de la fiesta de Cristo Rey.» Cuando ha resonado en España el mensaje pontificio «para un mundo mejor» nos encontraremos sin duda en una disposición más propicia para comprender la síntesis que en tales escritos se contiene y en la que se expresa la más íntima razón de ser de nuestra Revista. Los mencionados artículos, junto con otros estrechamente relacionados con ellos, se hallan reunidos en el folleto editado por «Publicaciones CRISTIANDAD» titulado «Actualidad de la idea de Cristo Rey.»



El Congreso de «Pax Romana» que se ha de celebrar en España la segunda quincena de este mes de junio ha inducido a CRISTIANDAD a publicar este número. En él no hace sino reafirmar su idea, la que le dió vida; la que es la única razón de su existencia, la única justificación de los trabajos y sacrificios que se imponen o que soportan cuantos intervienen en ella.

No debemos ocultar—la justicia y la gratitud nos obligan a no ocultarlo—que con frecuencia nos llegan palabras de aliento, no tan sólo de España, sino también del extranjero, sobre todo de Portugal y de América. Estas palabras de aliento siempre traen consigo significación de benevolencia. Jamás dudamos de la sinceridad de quien nos las dice. Mas, no podemos disimularlo, a las veces nos asalta la duda, no de si somos objeto de benevolencia, pero sí de si somos comprendidos. Y lo que nos pone recelosos es el saber que aun ahora, después de dos años de hablar al público, nos llegan noticias de que no falta quien dice: ¿A qué va CRISTIANDAD? ¿Qué se propone? CRISTIANDAD al oír esto se queda como desconcertada, porque desde el primer día ha querido hablar con toda claridad y sinceridad, tanto que ya no sabe encontrar palabras más claras con que expresarse; por lo cual no le queda otro recurso que volver a repetir lo mismo, aun a riesgo de caer en la monotonía. Y ésta es la razón principal que hace a CRISTIANDAD aprovechar la ocasión que le ofrece el Congreso de «Pax Romana» para publicar este número que casi no será otra cosa que una antología de pasajes de números anteriores, en que tratando de la paz, y de la paz tal como la desea y busca «Pax Romana», ha formulado una y otra vez la idea que le ha dado la vida y en ella la conserva.

CRISTIANDAD Y «PAX ROMANA»

La paz que desea y busca «Pax Romana» no es otra que aquella paz que tomó por ideal y divisa el Sumo Pontífice Pío XI desde el principio de su Pontificado: «Pax Christi in regno Christi»; la paz de Cristo en el Reino de Cristo. Por esto «Pax Romana» se lo ha apropiado, ha hecho de esta expresión de Pío XI su propia divisa. Y CRISTIANDAD, si no la ha tomado por divisa, la ha elegido por ideal. Por esto desde el primer momento ha trabajado por entender el genuino sentido de dicha fórmula, precisamente en los documentos pontificios que son de tal

claridad que no dejan lugar a discusión. Basta leerlos con atención, reverencia y docilidad. Por esto CRISTIANDAD, para difundir su conocimiento y para facilitarlo, no ha cesado de insertar literalmente los fragmentos más significativos de dichos documentos, ora en el cuerpo de los artículos, ora en la sección «Nova et vetera», y ha llamado en su auxilio al arte tipográfico para dirigir hacia ellos la atención del lector y facilitar la inteligencia.

INTENCION DE ESTE ARTICULO

Dos años hace que CRISTIANDAD se publica, y en uno y otro, al llegar la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús le ha dedicado todo un número. Este año concurre esta fiesta en la segunda quincena de junio con el Congreso de «Pax Romana» y el plan de que hemos hablado de dedicar a éste un número nos impedía hasta cierto punto seguir la costumbre de los otros dos años. Este impedimento en realidad es más aparente que real, porque, según el pensamiento de Pío XI, la fórmula «La Paz de Cristo en el Reino de Cristo» es innegable que se ha de completar con esta otra «Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús». Por esto nosotros, que queremos ser discípulos fieles e íntegros del Magisterio Pontificio, no sabemos separar estas dos fórmulas que creemos indivisibles. Y por esto nos ha parecido necesario al tratar de la primera no dejar en la sombra a la segunda, y a esta intención responde el presente artículo.

LA ENCICLICA «ANNUM SACRUM»

Si algún día, benévolo lector de CRISTIANDAD—dado que no lo hayas hecho hasta ahora—te determinas a leer con interés y atención los documentos pontificios que tratan de la devoción al Corazón de Jesús y de su importancia, no andarás fuera del camino, a nuestro juicio, en comenzar tu tarea por la lectura de la Encíclica «Annum Sacrum» de León XIII. Es aquella por la cual al finalizar el siglo pasado notificó al mundo entero su determinación deliberada de consagrarlo al Sagrado Corazón. Es ella un documento de tan subido valor, y de tan vital actualidad, que bien comprendido es suficiente para orientar al que no sabe qué rumbo seguir y para confortar el ánimo abatido del pesimista. Por otra parte, las gravísimas y ponderadas palabras con que el Papa expresa su pensamiento, tienen poder para impresionar al corazón del cristiano más frío. Tal vez asomará a los labios del incrédulo una sonrisa burlona al enterarse del remedio con que el Romano Pontífice espera que se han de curar los males del mundo actual. Pero, ¿no se helará esta necia sonrisa si cae en la cuenta de quién es el Papa que pro-

pone la medicina con tanta fe en su eficacia? Si no ha llegado a lo más hondo de la irracionalidad e insensatez no podrá menos de respetar la augusta personalidad de León XIII, de rendir homenaje a la elevación de sus miras, de reconocer el valor de su sabiduría. ¡Tan lejos estará de mofarse de la luz sobrenatural que no pueden resistir sus ojos miopes y enfermizos! Con todo nos hacemos cargo de que para el incrédulo ha de ser una paradoja inexplicable el que puedan salir de la misma inteligencia las observaciones tan humanas de la celebrada Encíclica "Rerum Novarum", y las sobrenaturales afirmaciones de la Encíclica "Annum Sacrum".

Mas el pensador creyente e iluminado por la luz superior de la fe, lejos de hallar oposición entre uno y otro pensamiento, echará de ver que en la Encíclica "Annum Sacrum" se propone el complemento de la otra; el alma que le da vida. ¿No cierra el mismo León XIII la Encíclica "Rerum Novarum" con la solemne afirmación de que los problemas sociales de nuestros tiempos han de tener el principal remedio en una gran efusión de Caridad, de aquella Caridad cristiana que es el principio de la vida sobrenatural? Y, ¿dónde está la fuente única y siempre inagotable de esta caridad si no en el Corazón de Jesús? ¿Qué maravilla será, pues, que su Vicario en la tierra señale al universo entero dónde hallará el manantial del agua que le ha de sanar?

CRISTIANDAD Y LA ENCICLICA «ANNUM SACRUM»

Decíamos más arriba que el ideal de CRISTIANDAD se cifra en estos dos lemas: 1.º *Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús*; 2.º *La Paz de Cristo en el Reino de Cristo*. ¿Dónde podrá el mundo hallar la paz verdadera, que ha de ser fruto y exponente de su salud verdadera? En el Reino de Cristo; en el reconocimiento pleno y voluntario de la soberanía de Cristo, de su divina autoridad. Y, ¿cómo podrá ser llevado el mundo actual, incrédulo y rebelde, a reconocer y acatar la Soberanía de Cristo? Por la devoción a su Divino Corazón, por la creencia en sus promesas y por la confianza en sus auxilios.

Ahora bien, estos dos lemas y la conexión que los unifica queda todo ello probado y declarado en la Encíclica "Annum Sacrum". La conexión de estos dos lemas fué la estrella polar que guió los pasos del P. Enrique Ramière en todas sus empresas, y de su conocimiento y sentido hizo heredero al Apostolado de la Oración con el encargo de que éste los difundiera por el mundo. Y estos dos lemas y la conexión que los une, todo lo hallamos afirmado y declarado en la Encíclica "Annum Sacrum"; más aún, todo lo hallamos allí incorporado por vez primera en el Magisterio Pontificio de la Iglesia universal.

Con esto verá cualquiera el porqué CRISTIANDAD, que por cierto no es propiedad ni pertenencia del Apostolado de la Oración, pero que a él debe su espíritu y la formación de aquellos que desde su nacimiento han formado el núcleo de su redacción, aprecia y pone sobre su cabeza a la Encíclica "Annum Sacrum".

UNA «APORIA» VEROSIMIL

Con lo dicho se dará el lector cuenta y razón del consejo de comenzar sus lecturas por la Encíclica de que tratamos. Al avanzar en su lectura se convencerá fácilmente que de verdad el sabio Pontífice afirma que el remedio único y eficaz del mundo actual no es otro que el reconocimiento y el acatamiento, pleno y voluntario, de la Soberanía de Cristo y, por consiguiente, que al reinado de Cristo está vinculada la paz de Cristo, la paz sólida y estable, la paz que es condición necesaria de la prosperidad

y del bienestar. "Entonces será posible, dice el Romano Pontífice, sanar tantas heridas; entonces revivirá todo derecho con esperanza de que recobre su prístina autoridad; y quedarán restituidas las galas de la paz; y caerán las espadas y huirán las armas de las manos; cuando todos aceptarán de buen grado la soberanía de Cristo y le obedecerán y toda lengua confesará que *Jesucristo Nuestro Señor está en la gloria de Dios Padre*."

Mas, bien podría suceder — no sería inverosímil — que antes de llegar a este pasaje en que casi se contiene ya la conclusión de la Encíclica, entrara un lector sutil en aquel estado de espíritu, a que los modernos aplican el vocablo griego "Aporía". Esto es, en aquella desazón desconcertante que es efecto de una duda no esperada; como suele acontecer en un razonamiento del cual esperábamos la deducción clara e indudable, y al no hallar la luz que se esperaba se siente un movimiento de decepción.

¿Puede esto acontecer en la lectura de la Encíclica de que hablamos? ¿Es verosímil que acontezca? A nuestro parecer, no deja de ser posible. Vamos a declarar por qué.

Para que se eche de ver lo posible de la "aporía" reconstruyamos la argumentación de la Encíclica, y lo que pretende en primer lugar demostrar.

La argumentación del Pontífice se dirige a demostrar la legitimidad de la determinación que ha tomado; la justificación del acto de consagración del mundo al Corazón de Jesús. Y el camino que sigue no es otro si no el poner de manifiesto la soberanía de Cristo y sus títulos, y el consiguiente derecho a que todos los hombres reconozcan y acaten esta soberanía. De aquí se deduce la obligación estricta en que están todos los hombres de reconocer esta soberanía.

Hasta aquí la fuerza de la argumentación es ineluctable. Entonces el Papa da un paso más, y declara en qué consiste la consagración y en qué está su justificación. La consagración no es una mera aceptación de la autoridad soberana de Cristo. Es algo más perfecto, más libre, más generoso; es un acto de agradecimiento, de noble fidelidad; es una afirmación de la espontaneidad con que el vasallo se entrega al soberano; cuya tendencia se dirige a significar que, aun en la suposición absurda de que el que se va a consagrar a Cristo Rey no estuviera en el deber de acatar su soberanía, él, por propio iniciativa, se entregaría a su divino servicio. Claro está que con sólo su declaración este acto queda justificado, como queda asimismo declarada su nobleza y generosidad y por tanto cuánto ha de ser agradable a Jesucristo.

Con estas indudables y generosas razones, manifiesta León XIII la nobleza y la conveniencia del acto de consagración a Jesucristo.

Mas ahora precisamente se insinúa el peligro de la "aporía".

¿No podría ocurrírsele a un lector de ingenio algo sutil, por no decir quisquilloso, una dificultad? Concedido, diría, que la argumentación demuestra, sin dar lugar a duda, que la consagración, o sea la entrega de nuestra libertad, de nuestra personalidad a Jesucristo como soberano es acto razonable y de tendencia nobilísima. Pero añadiría: Con perdón del Papa León XIII y de su alta sabiduría, no veo cómo con esto queda demostrada la razón de la Consagración al Corazón de Jesús. Verdad es que al Papa no le pasa por alto esta dificultad y que trata de odviarla.

"...y porque en el Sagrado Corazón hay un símbolo y una imagen expresa de la caridad infinita de Jesucristo, la cual nos mueve al amor mutuo, será cosa muy conveniente el consagrarse a su Corazón augustísimo, y esto no es si no entregarse a Jesucristo y obligarse con Él, ya que cuanto honor, cuanto obsequio, cuanta piedad se ofrenda al Divino Corazón, en realidad de verdad se ofrenda al mismo Jesucristo."

Toda esta doctrina del Pontífice está propuesta con claridad y razonada lógicamente. Mas el lector sutil, avanzando en su análisis escrupuloso, no cesa en su insistencia: ¿por qué entonces acudir a este rodeo? ¿por qué no valerse desde el principio para justificar la entrega al Corazón de Cristo de un motivo de amor, como es el amor mismo de Jesús? ¿Por qué no decir, desde luego, sin más ambages, al cristiano, al hombre, al linaje humano: ama a Jesús, porque Él te ama; entrégate por amor al amor de Jesús, conságrate por amor al Corazón amoroso de Jesús? Todas estas frases expresan la misma idea con matices diferentes. ¿Por qué presentarle como Rey, como Soberano, para mover a los hombres al amor perfecto de Jesús? Este título y aspecto siempre tendrá más eficacia para mover a la reverencia que al amor. ¿Por qué no valerse de otro título y presentar a Jesús como hermano primogénito, que ha llegado en su amor hasta el sacrificio de su vida; o como amante y como esposo de las almas — que a sus puertas cubierto de rocío — pasa las noches de invierno oscuras?

CAMINO DE LA SOLUCION DE LA «APORIA»

Sí, lector mío, amante de la verdad, si quieres que te hable con franqueza, lo que tú dices creo que pediría la psicología natural y aun tal vez la sobrenatural ordinaria. Así quizás discurriría cualquier persona piadosa que se preciaría más o menos de ser conocedora del corazón humano. ¿Por qué los Pontífices Romanos León XIII y Pío XI, que son los que ex profeso han tratado de la Consagración al Corazón de Jesús, apoyan en primer lugar su motivación en la realeza, en la soberanía de Cristo, en su derecho de jurisdicción universal e irrenunciable, que a Cristo compete sobre cada hombre en particular, y sobre las sociedades y sobre todo el linaje humano? ¿Será que los Romanos Pontífices no conocen los resortes del humano corazón? ¿Será que no han profundizado la psicología de la devoción al Corazón de Jesús? ¿Quién se atrevería a pensarlo?

Veamos de hallar el camino que nos conduzca a una solución que aquiete la inteligencia. Para dar con él advirtamos el punto de partida del discurso del Pontífice y al propio tiempo pongamos la mira en el término a que se dirige. León XIII parte del supuesto que tiene delante de sí un mundo del cual una gran parte desconoce a Jesucristo, que jamás ha reconocido su soberanía, y aun quizás se resiste a conocerle; otra gran porción está constituida por los herejes y los cismáticos, que forman parte de comunidades separadas del Reino de Cristo, que es la Iglesia Católica; otra parte, tal vez no menor, la integran los que hoy en día son multitud, los que habiendo nacido en el seno de la Iglesia rechazan su fe y su autoridad y viven en revolución contra la autoridad de Cristo.

En torno de sí contempla el Pontífice a los católicos que conservan la fe de Cristo y profesan obediencia a su ley. Mas de éstos, ¡cuántos viven en el frío de la indiferencia!

Una porción escogida se agolpa alrededor del Vicario de Cristo y se acoge a su dirección paternal. Son los fieles súbditos de Cristo, los que reconocen de palabra y de corazón su realeza. El mundo va de catástrofe en catástrofe y el corazón del Pontífice quiere la salvación de todos, el bienestar, la paz.

¿Dónde se hallará el remedio salvador? Las desgracias proceden de que el mundo persiste en su alejamiento de Cristo, en el desconocimiento y en la rebelión contra su divina autoridad. La salvación no puede estar si no en acogerse a Cristo, en el reconocer y acatar su soberanía.

Una corriente de espiritualidad cada vez más caudalosa y manifiesta conduce a los fieles súbditos de Cristo a proclamar a la faz del mundo los derechos soberanos de su Rey. Un instinto, que no puede ser si no divino, induce



en el pueblo cristiano la confianza de que en esta su profesión de fe está el germen de salvación. Es la devoción a Cristo Rey.

Mas he aquí que a la par se produce un fenómeno que no tiene explicación fácil en lo meramente humano: la fusión de la devoción a Cristo Rey con la devoción al Corazón de Jesús.

Allá en los albores de la devoción al Corazón de Jesús, tal vez la vidente de Paray-le-Monial entrevió la conexión providencial entre ambas devociones.

Sea lo que fuere de lo que conoció la Santa, más de siglo y medio transcurrió después de su muerte sin que los devotos del Corazón Divino entendieran aquellas divinas palabras: "Reinaré a pesar de mis enemigos", según la significación que hoy les damos; cosa que no tiene fácil explicación para quien haya leído con reflexión los escritos de Santa Margarita.

Pero llegó el tiempo señalado por la Divina Providencia, para que el pueblo devoto del Sagrado Corazón comprendiera la divina intención que aquel lenguaje encerraba. "Reinaré a pesar de mis enemigos", repetía sin cesar a su fiel discípula el Maestro soberano, y al llegar el tiempo oportuno, el pueblo piadoso y devoto del Corazón de Jesús comprendió que aquellas divinas palabras eran una respuesta anticipada al grito de la impiedad revolucionaria: "no queremos que Éste reine sobre nosotros". Y esta interpretación reveladora de las palabras de Cristo necesariamente hubo de crear conexión tan íntima entre la devoción a la Realeza de Cristo y la devoción a su Corazón Divino, que no nos retractamos de haberla llamado fusión.

Adalid de esta conexión salvadora fué nuestro P. Ramière. Él fué quien ya solicitó con insistencia de Pío IX la Consagración del mundo al Sagrado Corazón, que cinco lustros después realizó León XIII. Si no consiguió la plena satisfacción de su deseo, no quedó del todo defraudada su esperanza; porque el mismo Pío IX, vencido por la filial insistencia del buen Padre, si no quiso realizar por sí mismo el acto de la Consagración mundial, permitió y aun procuró que todo el pueblo cristiano lo hiciera y él mismo aprobó y bendijo la fórmula de consagración redactada por el P. Ramière.

Es verdad que en esta fórmula no se hace mención expresa de la Realeza de Cristo. Mas no se puede dudar del sentido que ya en aquel entonces le atribuye el pueblo fiel y devoto. Testimonio tenemos de ello en España, en el precioso libro de don Gabino Tejado, publicado a raíz de aquella Consagración primera, titulado: "El Catolicismo liberal": puesto que en el comentario explicación de la fórmula prescrita se contiene una espléndida declaración de la Soberanía de Cristo y de su excelencia, necesidad y eficacia.

Ya en el último cuarto del siglo pasado, esta manera de fusión entre ambas devociones llegó a ser tan del do-

minio popular, que vino a concretarse en una fórmula más expresiva. Ya no se afirmó solamente que la Consagración al Sagrado Corazón ha de llevar al mundo al reconocimiento y acatamiento de la Soberanía de Cristo, sino que se comenzó a usar aquella conocida expresión: "El Reinado del Corazón de Jesús".

LA RATIFICACION DEL PONTIFICE

En el número 39 de CRISTIANDAD (1 nov. 1945) publicamos un artículo que llevaba por título "Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey" (1). En él intentamos hacer resaltar la intención de Pío XI al instituir dicha fiesta, tal como se manifiesta en la Encíclica QUAS PRIMAS. Esta intención veíamos no ser otra, si no la de difundir más y más la idea y la doctrina de la Realeza de Cristo, y el motivo que impulsaba al Papa en poner en ello tanto esfuerzo, hallábamos ser la persuasión de que dicha idea, bien comprendida y sentida, habría de mover a los hombres a reconocer la necesidad de acatar la soberanía de Cristo, en lo cual, según el mismo Papa, se encierra el remedio de todos los males del mundo, y su verdadero bien aun en el orden temporal; hasta el punto de afirmar que de dicho reconocimiento depende la posibilidad y la realidad de la paz social e internacional.

La eficacia salvadora del acatamiento de la soberanía de Cristo ya hemos visto más arriba cómo ya el Papa León XIII la afirma y la pondera.

Pero aun hay más, en toda la Encíclica de Pío XI transcende un sentimiento de sobrenatural optimismo; es, a saber, el sentimiento de la actualidad de la idea de Cristo Rey; actualidad que consistirá en una disposición singular de la actual sociedad para entenderla y en la explicitación evolutiva de su contenido que la adapta en forma especial a las inteligencias y aspiraciones de la actual sociedad: Diríamos que Pío XI considera a la idea de la Realeza de Cristo como la *idea fuerza* capaz de abrirse camino y penetrar en la entraña del mundo actual. A esta manera de adaptación le dábamos el nombre de *actualidad psicológica*.

Pero a renglón seguido añadíamos literalmente: "La esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Cristo fundada en su *actualidad psicológica*, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. ¿Cuántas veces el hombre ve lo que le conviene; lo aprecia en lo que vale; se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza! ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad cuando se enfrente con su remedio y con su bien?"

Contra esta incertidumbre e inseguridad en que nos dejaba la posible resistencia de la humana libertad, nos sentíamos confortados al considerar otra manera de actualidad de la idea de Cristo Rey: su *actualidad providencial*; aquella actualidad que le confiere, no el valor intrínseco de su contenido ni el atractivo que pueda o deba ejercer en el espíritu de nuestra sociedad la virtualidad satisfactoria de sus indigencias y aspiraciones, sino la fuerza que le sobreañade la providencia eficaz de Dios; la garantía de su divina promesa.

Mas, ¿no será un ensueño, una ilusión tal esperanza, la creencia de que Dios la garantiza? y, supuesta la realidad de la garantía divina, ¿cuál será el objeto real de la legítima esperanza?

Es innegable que el pueblo cristiano y piadoso, el devoto fervoroso del Corazón de Jesús, vive en la esperanza de su reinado de justicia y de caridad. ¿Pero sabe el pueblo piadoso, en realidad, lo que espera? ¿Qué se promete, por ejemplo, el pueblo español cuando confía en la conocida promesa hecha al P. Bernardo de Hoyos? ¿Qué cuando a voz en cuello entona "Corazón Santo, tú reinarás"? Por lo demás, ¿quién le inspira esta creencia? ¿es el Espíritu

Santo o es una pura ilusión popular? Desde luego hay que reconocer que en el pueblo cristiano se infiltran a las veces vanas opiniones y hasta supersticiones ridículas. Pero dado que un espíritu discreto sabrá fácilmente distinguir entre aquellas mentiras transitorias y localizadas, y esta esperanza general que lejos de desvanecerse con el tiempo, va creciendo, ¿será esta diferencia prueba suficiente de intervención providencial del Espíritu de Dios?

Inclinará no poco la balanza en favor del influjo de Dios en la difusión y consolidación de la piadosa esperanza la indiscutible autoridad de las revelaciones de Paray, de donde toma su origen. ¿Qué es la piadosa creencia si no una interpretación razonable de las promesas de Paray? Y las promesas de Paray es verdad que nos constan solamente por revelaciones privadas, mas estas revelaciones son tales que la Iglesia, tan cauta y aun recelosa al juzgar en tales causas y en los casos más favorables no suele pasar más allá de la declaración magistral de que en la revelación encauzada nada aparece contrario ni al dogma ni a la moral, ante las revelaciones de Paray modifica su actitud, y no duda en apoyarse en ellas al tomar determinaciones de importancia, como es la Consagración del mundo al Corazón de Jesús. Claro es que este uso que de las revelaciones hace no las saca de su índole privada. Pero quien se atreviera a negarlas, dado que es cierto que no incurriría en la pravedad herética, ¿se vería libre de la nota de temeridad?

Pero hay más, mucho más. A favor de la piadosa creencia se nos da una prenda de su verdad de valor mucho máspreciado. Es el voto de los Vicarios de Cristo, de los Papas León XIII, Pío XI y Pío XII, que en documentos de su magisterio ecuménico, dirigiéndose a toda la Iglesia Católica, sin vacilaciones ni ambages, votan por la confianza piadosa; con lo cual la valorizan ante la conciencia cristiana. Ridículo sería defendernos contra quien sospechara que hacemos intervenir en este problema la infalibilidad pontificia. Pero no vayamos al otro extremo; sin necesidad de acudir al recurso de la infalibilidad del Papa, ¿pensará prudentemente quien juzgare que tres Papas han hablado de ligero al confirmar en solemnes documentos la creencia popular? ¿Hasta tanto llegarían las permisiones divinas? Pero, será verdad que tres Vivarios de Cristo, en documentos solemnes, manifiesten participar de la confianza popular y la confirmen con su sufragio?

Por lo que toca a León XIII lo atestigua claramente el remate solemnísimos de su Encíclica ANNUM SACRUM. Pues al finalizar la Encíclica afirma el Papa sin dejar lugar a dudas la eficacia de remedio y de salud, de justicia y de paz sólida, que aportaría al mundo alejado de Cristo el acatamiento de su soberanía divina. Y entonces, con la intención manifiesta de inspirar alientos de confianza, suelta la rienda a su estilo y se remonta a las alturas de lo sublime a semejanza de los profetas de Israel y brota de su pluma aquella majestuosa comparación.

"Cuando la Iglesia cercana aún a sus orígenes se sentía oprimida por el yugo Cesáreo, se dejó ver la Cruz en lo alto, al joven Emperador, preuncio y causa a la par de la victoria nobilísima que al poco se siguió. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos una señal dichosísima y divinísima: es a saber, el Corazón sacratísimo de Jesús, surmontado por la Cruz, y refulgiendo entre llamas de purísimo resplandor. En Él hay que poner la esperanza; de Él hay que impetrar y esperar la salvación."

El paralelismo es perfecto. A Constantino se le aparece la Cruz, preuncio y causa de la victoria, que inauguraría el imperio cristiano. Al mundo actual una sola salvación le queda, la sujeción voluntaria a la soberanía de Cristo, es decir, la victoria de Cristo sobre el mundo por el amor; hoy aparece a nuestros ojos una señal divinísima, el Corazón de Jesús tal como apareció a Santa Margarita María, tal como el pueblo cristiano lo ha recibido por

medio de ella en imagen. *Signum auspicatissimum*, pre-nuncio de promesas y victoria; de la victoria de Jesucristo por amor, sobre el mundo sublevado contra su imperio de amor. Huelgan los comentarios.

El Papa Pío XI, en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor*, transcribe íntegramente aquel pasaje de León XIII, se lo hace suyo sin reserva, lo declara y lo confirma ampliamente, y después de recordar la solemne consagración del mundo, afirma que al instituir por su Encíclica *Quas primas* la fiesta de Cristo Rey, ha querido dar complemento y perfección al acto de León XIII, el cual a su vez fué el resultado de la confesión de la Realeza de Cristo, que entrañaban las consagraciones particulares al Corazón de Jesús, y concluye con aquellas palabras de mucha mayor claridad y precisión que las de León XIII: "Al hacer aquello — al instituir la fiesta de Cristo Rey — no tan sólo pusimos en evidencia la suprema soberanía que Cristo posee, sobre el mundo universo, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada hombre en particular, sino también anticipamos las alegrías de aquel día felicísimo en que el universo entero de grado y de voluntad obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey."

Resta que prestemos oído a las palabras del Pontífice reinante, que en su primera *Encíclica Summi Pontificatus* hace suyo cuanto nos han dicho León XIII y Pío XI:

"El arcano designio del Señor Nos ha confiado, sin algún merecimiento nuestro, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del Pontificado Supremo, precisamente el año en que recurre el cuadragésimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor, que nuestro inmortal predecesor León XIII intimó al orbe, al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo.

"¡Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la Encíclica *Annum Sacrum*, precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: *Introibo ad altare Dei!* ¡Y con qué ardiente entusiasmo unimos nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaban y guiabas aquel acto verdaderamente providencial de un Pontífice que con tan profunda agudeza, conocía las necesidades y las llagas manifiestas y ocultas de su tiempo! ¡Cómo, pues, no sentiremos hoy profundo reconocimiento a la Providencia, que ha querido hacer coincidir nuestro primer año de pontificado con un recuerdo tan importante y querido de nuestro primer año de sacerdocio? ¡Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura para hacer del culto al *Rey de reyes* y *Señor de señores* como la plegaria del *introito* de este nuestro pontificado, con el espíritu de nuestro inolvidable predecesor, y para fiel actuación de sus intenciones? ¡Cómo no hacer de él el alfa y el omega de nuestra voluntad, de nuestra esperanza, de nuestra enseñanza y de nuestra actividad, de nuestra paciencia y de nuestros su-

frimientos, consagrados todos ellos a la difusión del Reino de Cristo-
(...)

"De la difusión y del arraigo del culto del Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona, no sólo en la consagración del género humano, al declinar del pasado siglo, sino aun en la introducción de la fiesta de la realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: *impetuoso río alegra la ciudad de Dios.*"

Cualquiera declaración o comentario no haría si no obscurecer el pensamiento de los Vicarios de Cristo.

SOLUCION DE LA «APORIA»

Un soberano amante del pueblo es digno de amor. Su persona es tanto más atractiva cuanto más aún la bondad de corazón con la elevación de su majestad.

Es verdad que Jesús amigo, Jesús hermano, Jesús esposo atrae más fácilmente el corazón y lo mueve a ternura. Pero considerado el plan de Dios cifrado en aquella fórmula al Reino de Cristo por la devoción y el amor al Corazón de Jesús, es más conducente a este plan hacerle amar de los hombres como Rey soberano, mucho más siendo como es, según dice León XIII, Rey que reina por la verdad, por la justicia, por el amor.

EL ARCO IRIS DE «PAX ROMANA»

Bastará leer con atención los pasajes transcritos en este artículo de los documentos pontificios para echar de ver que la paz a que aspiran los Pontífices Romanos, la paz que esperan del Corazón de Jesús, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, no es aquella paz precaria y circunstancial que puede dar la diplomacia, o los tratados internacionales. No es una paz condicionada a las tristes circunstancias actuales. Esta es la paz del mal menor, a la cual es prudente acogerse, cuando no puede alcanzarse el bien mayor. Será una paz que un Pontífice Romano admitirá prudentemente como la habrían admitido tantos Pontífices Romanos. Pero no es la auténtica *Pax Romana*: *la paz de Cristo en el Reino de Cristo.*

La auténtica *Pax Romana* va precedida de una señal, de la señal de un Arco Iris. ¿Y cuál es este Arco Iris de paz? Nos lo dice Pío XI en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor*: "Así como en los tiempos antiguos, al salir la familia humana del Arca de Noé quiso Dios que les brillara un signo, el arco que apareció en las nubes, así en las circunstancias turbulentísimas de la edad moderna... el benignísimo Jesús manifestó en lo alto a los pueblos su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y caridad, prenda segura de la victoria en la lucha."

RAMÓN ORLANDIS, S. I.





Tres notas sobre el triste ateísmo

1.ª - Soledad y ateísmo

LA soberbia podrá fingir al hombre destinado a la soledad. Pero el sólo no existe. Un hombre solo — ya está dicho en la filosofía clásica — sería o un dios o una bestia. El Robinsón no está completamente solo. El filósofo autodidacto de nuestro Aben Thofail, lo está, es cierto, bastantes años, pero preparándose por sí mismo para ingresar en la sociedad y adquirir por su cuenta todas aquellas nociones y aquella sabiduría que encuentran su mejor aplicación en la convivencia intelectual, social y política; y puede muy bien ocurrir que, cuando se estima ya dotado de aquellas altas y esenciales razones, descubra que otros hombres ya las tenían desde muy al principio y sin grandes esfuerzos por vía de instrucción religiosa y tradición.

¿Quién hay, si no es a-mente, verdadero solitario? ¡Ay del sólo!, grita la Escritura. El Sólo es Dios. ¡Cómo! El mismo Dios es trino en personas. Y en superabundancia de comunicación, creó al universo, al ángel, al hombre.

Un romanticismo puede confundir estas dos cosas que no son, ni mucho menos, idénticas: ahondamiento y autenticación de la persona, y solitarismo. Naturalmente dejamos a salvo el solitarismo del anacoreta; no es solitario por romántica soberbia o esteticismo y, en el fondo, ni siquiera busca la soledad por ella misma, sino una más profunda y exclusiva compañía de Dios, la compañía absoluta y plenificante.

Fórmula más perfecta, incluso para el logro de perfección cristiana, fué la de la *comunidad* conventual.

No: el solitario es, frecuentemente, o estúpido o farsante o amargado, resentido, excesivamente sentidor de sí mismo. Quiere la soledad más como medio de apartarse y sentirse distinto y superior, que como real ausencia de otros hombres.

Únicamente, tal vez, el ateo es solitario: agriamente apartado de Dios y de la caridad de todo en Dios. El

ateo es también (y perdónesenos el vocablo) a-hombre. El ateo se queda forzosamente solo en sí mismo y excomunicado en cierto modo de la humanidad y casi del cosmos. Es un punto que se haya salido de un círculo y ande ajeno y sin referencia a su centro excéntrico. (Y acedo, a-zeo. Si se nos perdona el inocente juego de palabras.)

Sí; el ateo vive seguramente en radical soledad, generalmente soberbia y agria, esencialmente triste. O es bestia o es dios. Él se tendrá por dios. Se ha endiosado a sí mismo. Al convertirse él en su propio dios, se ha negado a comunicación con Dios cuya inexistencia ha decretado o cuya existencia odia, y se ha puesto a sí mismo a infinita altura sobre el resto de los hombres cuya comunicación sólo tolera como una molestia o exige en forma de cuasi reverencia.

Es realmente, en medio de todo, heroica la actitud del ateo, aislado en medio de la humanidad y del universo, naufrago en mar tenebroso y sin pedir socorro, consciente de su impotencia y sin solicitar ayuda, ciego soberbio, amargado, fanático también y cumplidor generalmente, hay que reconocerlo, de la ley moral que él cree autónoma, emanación de la sola naturaleza humana, el deber por el deber, pues tiende irrefrenablemente a dotar a la ley de aquellos atributos de eternidad e inmutabilidad que no supo poner en Dios.

Sí; es heroica, pero de un heroísmo trágico, monstruoso, inútil e inhumano. El problema del ateísmo llega, por eso, a ser también el problema del a-humanismo. El ateísmo carece de sentido ante la historia, del mismo modo que la historia pierde sentido ante el ateísmo.

2.ª - Historia y ateísmo

La existencia atea es una existencia en sí misma oclusa; ahistórica, por tanto. No quiere esto decir que el ateo no sea hombre histórico, en cuanto hombre, cuya condición no puede dimitir. Pero su calidad de ateo es, en

sí misma, ahistórica puesto que niega las posibilidades de trascendencia.

El ateo pertenece a un pueblo, a una profesión, a una época concretas: está sumergido en su momento histórico, es cierto; influye incluso en las orientaciones de su ambiente, de su sociedad y de su época. Pero — y esto es lo que queremos poner de relieve — influye en la historia antihistóricamente. Está pugando, dándose o sin darse cuenta, por conducir la historia a punto muerto o a disolución.

Naturalmente la historia, que es atributo de la humanidad, sigue a pesar del ateo y del ateísmo su curso, pues hay historia mientras hay operación y operosidad humana; por otra parte, y de igual manera, el ateo actúa formalmente contra su trascendencia personal, pero no puede evitarla. El destino humano está por cima del hombre mismo; quiero decir, el hombre, como tal, tiene una destinación que no puede ser impedida por el hombre. Independientemente de mis teorías, yo debo sobrevivir a mí mismo en mi inmortalidad personal. Yo puedo tener teorías contra la inmortalidad, pensar que nazco y muero y ahí acaba todo; pero si realmente existe la inmortalidad, a pesar de todo mi racionalismo yo tendré mi inmortalidad. Esta será bienaventurada o réproba, pero será.

Al decir, pues, que la existencia atea sea formalmente ahistórica, no se dice que el hombre ateo no sea ente histórico, sino que formula teorías antihistóricas, puesto que postula la insularidad radical de cada hombre, la negación o el desprecio de las vinculaciones humanas, cuya más alta y profunda expresión se llama cristianamente caridad, y la ausencia de un sentido histórico y aun de un progreso histórico, pues no hay progreso sin punto de referencia y sin distancia del punto de referencia.

El ateo niega ese punto y esa distancia puesto que, como tal ateo, considera cada yo como fin en sí inmanente, ya rematado, presente en cada existencia. Negada la distancia, tampoco habrá la instancia. Sin finalidad trascendente y sin distancia normativa y urgidora, es evidentemente un contrasentido hablar de un sentido de la historia, de una necesidad histórica, de un progreso histórico, etc. Formalmente, por tanto, la existencia atea es ahistórica.

A pesar de ello, como es lógico, el ateo vive en la historia, preocupado con la historia, solicitado por la historia, proyectando con interés histórico. Porque la historia está por cima del ateísmo, la humanidad o cualidad de hombre por cima del ateo, la

trascendencia y vocación personal por cima del racionalismo.

3.ª-Vocación y ateísmo

El ateísmo es ahistórico, como tal ateísmo. También—dándose o sin darse cuenta—, es una negación o renuncia a la vocación. Pretende serlo, por lo menos. No puede haber vocación donde hay un sentido ocluso de la existencia. Mi existencia empieza y acaba en mí con mi muerte, debe decir el ateo. Mi vida, por tanto, es exclusivamente explicitación de mí mismo humanamente, autónomamente, y no puede haber referencia e instancia superiores a mí.

Esto quiere decir que no hay vocación. Vocación es llamada y no hay llamada sin llamador y sin llamado. Identificar ambos términos es anular la vocación. ¿Quién me va a llamar a mí, ni para qué me va a llamar, si yo soy lo único y lo todo que hay en mí y para mí, y fuera de mí no puede tener sentido mi vivir? Vivo yo, vivo en mí, vivo para mí, muero en mí. Esta es toda mi existencia, y así es toda existencia humana, piensa el ateo.

¿Por qué, entonces, esta preocupación de vocación y por la vocación personal? El ateo aunque no viva en la práctica así, teóricamente piensa que cada existencia es su propia vocación, esto, es, que la existencia no puede tener vocación extrínseca ni, por tanto, histórica. No obstante, como antes decíamos, el ateo existente a lo mejor vivirá preocupado por realizar algo que le perpetúe, que influya sobre las otras vidas, incluso que, desinteresadamente, valga por sí mismo como tarea humanamente fecunda. Es distinto lo que el ateo significa como tal y lo que como hombre, a pesar de su ateísmo, viva y realice.

Lo que se quiere hacer notar es que el ateísmo formalmente es ajeno al problema y sentido de la vocación personal e histórica.

En la vocación tiene que haber quien llame. ¿Quién llama desde no se sabe dónde poniendo en la entraña de un hombre, de una clase, de una sociedad, de una época, de un pueblo, un anhelo no muy definido de hacer tal cosa, orientar la existencia de tal manera, proyectar, para un futuro que no se vivirá, tales o cuales intenciones?

¿Quién llama, oscura pero insistentemente? ¿Quién me agita, quién nos agita instándonos e instándonos? ¿La Historia? No; la historia es simplemente la trama de nuestras existencias y acciones individuales y nacionales. ¿La especie? ¿Y quién es la especie para llamar? La biología sólo puede llamar biológicamente y para fines biológicos. Eso no es una llamada; tan sólo un instinto. ¿La humanidad? ¿Y qué ser personal y consciente tiene la humanidad para llamar no ya desde el pasado, cosa comprensible, sino desde el futuro, cuando todavía no existe siquiera?

¿Qué misterio, qué sagrado temblor! Quien llama sólo puede ser un Ser personal, eterno y supremo. ¡Dios llama! Toda vocación es divina y no hay, no podría haber vocación sin Dios. Una voz clama eternamente y está dirigida a cada hombre personalmente y a cada pueblo.

Pues bien; puesto que el ateo niega a Dios, formalmente desconoce o niega la vocación y esto es lo que al principio queríamos decir. Pero, volvamos a insistir, existencialmente tiene su vocación como todo hombre, quiera o no quiera. Porque la vocación no es del hombre, sino de Dios.

FAUSTINO G. SÁNCHEZ-MARÍN

Unión Europea y Cristiandad *

Federalismo y Democracia

v

No es cosa de extenderse sobre lo que sea la Cristiandad. Cristiandad tuvimos los europeos. Un orden, presentado por Pío XI, en la "Cuadragésimo Anno", como, "no ciertamente perfecto y completo en todas sus partes, pero sí conforme de algún modo a la recta razón", y que si pereció, "no fué, por cierto, porque no pudiera adaptarse, por su propio desarrollo y evolución, a los cambios y nuevas ne-

cesidades que se presentaban, sino más bien porque los hombres, endurecidos en su egoísmo se negaron a abrir los senos de aquel orden, como hubiera convenido, al número siempre creciente de la muchedumbre; o, seducidos por una apariencia de falsa libertad o por otros errores, y enemigos de cualquier clase de autoridad, intentaron sacudir de sí todo yugo". De manera sorprendente, coincidían en aquel orden los factores de unión que hoy queremos llevar a la sociedad. La realidad era de una disocia-

ción espantosa, que en la Baja Edad Media se complica con el robustecimiento de las nacionalidades, el triunfo de la aristocracia y del feudalismo, sobre todo tras el Gran Interregno, y las libertades populares. Hasta las relaciones entre Papado e Imperio distaron mucho de ser cordiales. Pero, con todo, se admitía la supremacía espiritual del Papa y la necesidad de un Emperador, en lo temporal, colocado sobre los demás monarcas, no tanto como un rey de reyes, sino a manera de árbitro, con autoridad sobre todos en cuanto afectara a los intereses generales de la Cristiandad; concepción que, como Menéndez y Pidal observó, "revestía una grandeza verdaderamente romana", y que pudo inspirar a Dante la profecía certera: "el mundo no conocerá paz hasta que sea restaurado el Imperio Romano". Sólo que aquella Roma medieval terminaba en Cruz.

Hoy se busca la unión por las formas, no de la subordinación, sino de la coordinación. Pero no hay razones para que el cristiano no aspire a que esta nueva Unión aparezca emparentada, en lo substancial, con aquella Cristiandad. Sólo que, lo repito, ¿en qué medida son compatibles la una y la otra?

En cuatro ocasiones ha hablado el Papa Pío XII sobre el particular. La primera, el 2 de junio de 1948. Se refirió a "los espíritus clarividentes y valerosos que buscan incansablemente nuevas vías que conduzcan a la salvación común", aproximando las naciones, y esforzándose, en especial, por "levantar de nuevo a esta Europa, quebrantada hasta sus cimientos", y "transformar este hogar de agitación crónica en una fortaleza de paz". Por ello, y aun sin querer mezclar a la Iglesia en cuestiones temporales, había enviado un representante especial al Congreso de Europa, "a fin de dar testimonio de Nuestra solicitud y de llevar el estímulo de la Sede Apostólica a la unión de los pueblos"; y para que todos los fieles "adquieran conciencia de que su lugar está siempre al lado de esos espíritus generosos que preparan el camino para un entendimiento general".

La segunda ocasión fué con motivo del Congreso celebrado en Roma por la Unión Europea de Federalistas, en el mes de noviembre de 1948. Su Santidad recibió a los congresistas el día 11, aplaudió su esfuerzo y les recordó que para una Europa unida no bastan simples alusiones, como las de La Haya, a "la común herencia de la civilización cristiana". Hay que llegar al "reconocimiento expreso de los derechos de Dios y de su Ley, al menos del Derecho Natural, fondo sólido

* Véanse los números de 15 de julio y 1 y 15 de agosto de 1951, 1 de diciembre de 1952 y 1 de marzo de 1953.

en el cual están anclados los derechos del hombre”, sin que, por otra parte, deba obligarse, “por deseo exagerado de uniformidad”, a “una nivelación forzada”. Puntualiza el Papa que la misma reserva que hizo en su discurso anterior sobre la actitud de la Iglesia ante los asuntos temporales, debe hacer ahora “sobre la cuestión de saber qué grado de verosimilitud o de probabilidad asignar a la realización de este ideal”. Reconoce que la Unión ofrece “serias dificultades”. Estima, sin embargo, que “no hay tiempo que perder”. “Ya es hora de que se haga. Algunos se preguntan incluso si no es ya demasiado tarde”. Pero el único medio es que los Estados se despojen de “sus preocupaciones egoístamente nacionales”, y que las grandes naciones “sepan hacer abstracción de su grandeza de antaño para alinearse en una unidad política y económica superior”.

La tercera intervención del Papa fué con motivo del Congreso de estudios de la Acción Católica Italiana, al que se dirigió el 23 de julio de 1952. Se refirió a la necesidad de “superar y vencer toda estrechez de miras nacional” y a “la atmósfera de mutua comprensión” que deben crear los católicos.

“Conocéis — agregó — los esfuerzos que se realizan para formar una cultura europea, de carácter, de espíritu, de alma, no cristiana. Vosotros, hijos de la Iglesia — que no sois en Europa ni pocos ni débiles — tenéis el santo deber de oponeros a tales tendencias”.

Por último, el 13 de septiembre de 1952, al recibir a los participantes del Congreso Internacional de la Organización “Pax Christi”, volvió a aludir al interés de la Iglesia, “si hoy día, algunas personalidades políticas conscientes de sus responsabilidades, si algunos hombres de Estado, trabajan para la unificación de Europa”, desgraciadamente, no existe aún “la atmósfera sin la cual estas nuevas instituciones políticas no pueden, a la larga, sostenerse”, por lo cual “existe la obligación de suscitar esta atmósfera lo más pronto posible”.

Consideramos la línea de conducta que esas palabras marcan.

Primero: Cooperación.

Segundo: No conformarnos con una Europa laica. Como señala José María Sánchez de Muniain, el ideal de Cristiandad no es “condición para la federación”, pero ha de ser “meta última”. Y es triste que sean tantos quienes, fuera, apenas acierten a distinguir estas palabras, “Cristiandad” y “teocracia”, como si el término “Cristiandad” no debiera ser familiar a todos, en cuanto expresivo de una

realidad, no sólo distinta de “cristianismo”, sino de “teocracia”: la de una “unidad temporal, de fines temporales, entre los que participan de una misma vida del espíritu y tienen un parentesco espiritual”, según la define el mismo Muniain.

Pero muchos católicos no quieren ni oír hablar de Cristiandad, al menos como término mediato de su actividad. Por eso, el peligro de desdibujarse acecha a los católicos europeos, tras unos movimientos cuyos hombres, según las palabras de Bruggmann, vienen “de la izquierda y de la derecha, de la Cristiandad católica y protestante o bien del humanismo agnóstico”. La ocasión es propicia para los católicos. Su fe lleva camino de convertirse en el denominador común de los intelectuales. Ya es característico que un diario como el *Times*, “genuino representante de la Inglaterra anglicana, imperial y masónica”, pida la colaboración con el catolicismo. Puede esperarse mucho de la actual indecisión de las iglesias cristianas no católicas, que, o perecerán, arrastradas por la marea del paganismo o, para salvarse, tendrán que asirse a la roca de Pedro. ¿Se perderá tan favorable coyuntura por el minimismo que inspiraba tan melancólicas reflexiones al norteamericano Pattee, con ocasión de alguno de los Congresos paneuropeos? Porque en éste — escribía — volvió a recitarse la letanía laica de Europa. Pero, con arreglo a ella, “el continente y su cultura hubieran podido ser de origen musulmán, budista o sintoísta, pues no había la menor alusión al factor cristiano ni a su vitalísima importancia”. “Muchos de los mismos elementos cristianos vacilan en proclamar un hecho que es tan evidente como la luz del día, a saber: que sin el Cristianismo no puede haber Europa. El socialismo es de última hora. El liberalismo, tipo siglo XIX, obra de poco tiempo. Lo único que une, que enlaza y que perpetúa lo que llamamos en su esencia lo europeo, es la tradición cristiana... y de eso precisamente no quiere hablar nadie”.

¿En qué grado influirán en esa mentalidad, conceptos como la “nueva Cristiandad” mariteriana, que nada tiene de Cristiandad, que no es una hipótesis circunstancial, sino una tesis, un ideal de perfección absoluta, como magistralmente han demostrado el argentino Meinvielle y el español Palacios, y que tan prodigiosamente se parece a la Unión que se brinda a los europeos? De la “Cristiandad profana”, de Journet, decía Mauseñor Olgiati que la expresión equivale a la de “círculo cuadrado”, y esa “Cristiandad profana” no es

substancialmente distinta de la “Nueva Cristiandad” mariteniana, es decir, de aquella sociedad emancipada de la tutela de la Iglesia, unificada, a lo sumo, en una religión natural, en que coincidan el católico, el hereje, el cismático y el infiel, y donde la Iglesia no tenga otro puesto que el que ella misma se conquiste, “en virtud de las fuerzas internas desarrolladas en el seno del pueblo y emanando de él”; sociedad sincretista, en la que todos hayan llegado a un acuerdo práctico sobre el modo de comportarse en la vida, por mucho que difieran sus respectivas creencias respecto a su fin último. Ahora bien; tanto Journet como Maritain procuran salvar, según era de esperar, los principios dogmáticos, aunque esto no quiere decir que lo consigan. Incluso puede admitirse que tales sistemas sean una etapa necesaria, en sociedades donde el catolicismo haya pasado decididamente a ser sólo un credo minoritario. Pero, ¿no existe el peligro — que ya no es sólo imaginario — de que expresiones, cuando menos equívocas — que no lo son —, induzcan a dormirse en el cómodo lecho de esas Cristiandades, nuevas o profanas, y a desconocer lo que debe ser la verdadera Cristiandad? En tanto, incitar al “compañerismo” con los compañeros de ruta, menospreciando acaso las advertencias de Santo Tomás sobre el peligro de tales camaraderías, en especial para los “simples y enfermos en la fe”, ¿no puede suceder que los católicos lleguen a familiarizarse hasta tal punto con los objetivos temporales y provisionales, que acaben identificando catolicismo con... pongamos “democracia” — y la racionalista —, ya que no en teoría, sí en la práctica? Y, ¿no será entonces inevitable, primero, una pérdida de rigor, una falta de audacia, como la que Pattee denuncia en los católicos franceses, poco amigos de llamarse cristianos o de hablar de Cristiandad, para “no provocar”, con lo cual “es muy poco probable que los que así actúan se sientan movidos por una agresividad combatiente en defensa de lo que procuraron con tanto ahinco esconder y tapar”, y después, la falsa identificación del Estado católico con un régimen de pura fuerza y que se abomine de cuanto recuerde en alguna manera la “Ley perpetua” de León XIII, que se considere definitivamente “superada”, recelando de cuanto diga subordinación de lo temporal a lo espiritual, y olvidando que el necesario diálogo con el mundo moderno puede también realizarse — con todas las cautelas que ello exige, pero con todas las ayudas que ello proporciona — desde la pla-

taforma de un orden político cristiano?

En todo caso, las consecuencias son lamentables. A los católicos no se les reconoce el lugar que deben ocupar. Era doloroso comprobar en La Haya cómo a cada paso se prevenían las posibles reacciones y susceptibilidades de los socialistas, dejando de lado las de los otros grupos, y no es menos característico el recelo que en los católicos despierta el creciente laicismo de la UNESCO, donde se predica la fe en la UNESCO, como si se tratara de una nueva Iglesia laica, llamada a sustituir a las Iglesias cristianas. Pe-

ro precisamente el observador oficial de la Santa Sede en dicho Organismo, proclamó categóricamente: "no permitiremos que nuestro ideal sea "neutralizado o laicizado; no tenemos "tampoco el propósito de suavizar "nuestra tesis católica ni de restringir nuestra voluntad de conquista "cristiana porque colaboremos con la "UNESCO". No tienen otro camino los católicos que se decidan a colaborar con ese ideal de pura humanidad que es la Unión europea, y que ellos deben aspirar de verdad a sobrenaturalizar, curándole de los vicios que hoy hacen de él una gran idea sin hombres que la realicen.

Se ha señalado el fenómeno: a una Europa laica la están haciendo unos católicos que lo son hasta fervorosos. Acaso sea verdad que no hacen sino lo que pueden hacer. Pero todos los escrúpulos serán pocos para no olvidar que ese "por ahora" no puede tomarse como un "para siempre".

Colaborar no puede equivaler a abandonar, sino a aplazar.

La Cristiandad podrá no ser una condición que el católico imponga a los demás para su colaboración. Tiene que ser una condición que se imponga a sí mismo.

José María García Escudero.

EL SUCESOR DE JOSE DJUGASHVILI

El aliado

El comentario más tendencioso sobre la muerte de Stalin, el que puede darnos la pauta de lo que ha podido significar su vida al frente de los destinos de Rusia y de la trascendencia de su desaparición en el mundo de los vivos, ha ido a cargo del dirigente radical-socialista francés Herriot:

«No debemos olvidar — ha dicho — la parte esencial que tuvo Stalin en la victoria de los aliados.»

Esto es lo que al parecer cuenta en los medios políticos oficiales de las democracias europeas. Una vez más, José Djughashvili Vissarionovich es recordado con profundo afecto como en los días no tan lejanos de 1941, cuando el «viejo Joe» constituía algo así como la única tabla de salvación para los dirigentes liberales que presenciaban los efectos desastrosos de una doctrina y de un sistema aplicados en el gobierno de los pueblos. Una vez más, ha surgido la nostalgia de los tiempos pasados en los que el comunismo, el judaísmo, la democracia liberal y la masonería podían pasearse del brazo por un mundo en ruinas, ligados por su secretismo profundo y por su enemistad vital a la Iglesia y a la ordenación cristiana de la sociedad.

La frase de Herriot nos anuncia que vamos a asistir, probablemente, a una reivindicación de la persona y de la actitud política del difunto «hombre de acero». Como una pieza maestra más en la organización del caos que domina en gran parte la vida de los pueblos y de la humanidad en general, veremos como se silencian los dolorosos quejidos de los millones de personas que en las carceles y en los campos de concentración sufren en su espíritu y en su carne los zarpazos de la tiranía de un hombre que trató de convertirse en un «dios»; veremos despreciar la sangre y los dolores de los que ofrecieron su cuerpo y su misma vida al verdugo para permanecer fieles a Jesucristo; veremos, tal vez, ensalzadas una táctica y una trayectoria que han hecho posible que medio mundo haya sido arrastrado bajo los pies de la dictadura más oprobiosa que presenciaron jamás los siglos.

De Londres nos anuncian ya que con la caída fulminante de Stalin «la guerra fría pasa a segundo término y la gente se acuerda antes del gran aliado»; predominando el sentimiento de que «todos los «vencedores» de la pasada guerra deben una gran parte de su éxito al sacrificio y al heroísmo que el mariscal Stalin supo obtener de las masas de su país».

Los mismos judíos no parecen alegrarse mucho de la muerte de «Soso». Así, Tel Aviv teme que «con la

desaparición de Stalin el antisemitismo puede convertirse abiertamente en un importante elemento de la política rusa».

¿Qué ha representado en realidad la persona de Stalin en los tiempos contemporáneos? Al parecer, existían en Occidente fundadas esperanzas de que, algún día, el dictador bolchevique se avendría a pactar con los poderes democráticos. Hace pocos días Eisenhower declaraba que estaba dispuesto a hacer la mitad del camino para parlamentar con Stalin, y Churchill apoyaba entusiasmado esta iniciativa. Ahora, después de la muerte del jefe comunista, son muchos los que cantan sus glorias. Nadie hace mención siquiera del pacto germanosoviético de 1939, y — como apunta «La Croix» — «en todas partes se ha «olvidado», y es una triste constatación, lo esencial en la vida de Stalin: el lado religioso o mejor dicho antirreligioso del hombre y de su política». Incluso el demócrata-cristiano Bidault ha expresado su simpatía y sus inquietudes...

Esperanzas de «paz»

Sin embargo, pese a la actual confabulación de ciertos dirigentes de los países atlánticos, la persona viva de Stalin no demostraba contar últimamente con excesivas amistades en determinados medios. Ciertamente que su papel de perseguidor de la Iglesia de Cristo había de concentrar a su alrededor la simpatía de las fuerzas anticristianas, pero no es menos real el hecho de que algo extraño se estaba fraguando dentro y fuera de la URSS para provocar un cambio fundamental en la dirección del régimen soviético.

La expulsión del embajador norteamericano Kennan de Moscú, las grandes depuraciones en los países satélites, la excepcional situación del dictador Tito, el artículo de Stalin en «Bolchevik», el proceso de Praga, el complot de los «médicos asesinos», y la retirada del embajador soviético en Israel, representaban varios aspectos de la lucha sorda entre el supremo jerarca bolchevique y ciertos elementos de gran influencia en el mundo.

Como consecuencia de esta acción, los gobernantes de algunas potencias democráticas esperaban cambios trascendentales en la Unión Soviética. ¿Se trataba de la eliminación de Stalin? He ahí una cuestión que ahora será sin duda más difícil de averiguar. No obstante, el mismo día en que se comunicó la «enfermedad» del zar rojo, la Agencia Efe comunicaba desde Londres que «altas fuentes británicas» habían sugerido a Washington «una política cauta en los asuntos rusos, hasta

ACTUALIDAD

que pudiera determinarse exactamente lo que estaba ocurriendo en la lucha para suceder a Stalin».

¿De qué lucha se trataba? ¿Admitían los occidentales la existencia de una conjuración antistaliniana?

El hecho incontestable es que Stalin ha muerto. Seguramente nadie podrá tener una absoluta certeza del **cuándo** y del **cómo** ha ocurrido el desenlace. Radio Soñía ha dicho que los síntomas de la enfermedad del amo del Kremlin aparecieron tiempo atrás, y en Israel se consideró que «el comunicado dando cuenta de su enfermedad estaba destinado a preparar al pueblo soviético» ya que Stalin había fallecido con anterioridad.

Sea lo que fuere, lo cierto es que las consecuencias de su traspaso han sido comentadas de un modo hartamente opuesto. Por un lado, unos han insistido en su anterior punto de vista de que «mientras Stalin estará allí, no habrá guerra», con lo cual temen que lo peor está todavía por ver. Otros, y en primera línea Foster Dulles, estiman que la muerte de Stalin «hace aumentar las esperanzas de paz mundial».

¿Cuál de las dos opiniones es la más verosímil?

Malenkov

La aparición de Malenkov en el primer plano de la escena política soviética ha provocado una profunda desorientación en las cancillerías de los países «atlánticos». Nadie se atreve a precisar el significado de la elección o de la imposición del «sinistro y misterioso lugarteniente de Stalin».

Ahora bien, los que confían en que Malenkov será un continuador de Stalin pueden agarrarse al criterio de que Stalin significaba la paz. La conclusión será evidentemente la de que todo continuará igual, es decir, que no habrá guerra mundial. Los que creen que la presencia de Malenkov supondrá un cambio radical en la conducta del Kremlin, no tienen más que hacer suya la absurda afirmación de Dulles de que han aumentado las esperanzas de paz. Así, de uno u otro modo, puede continuar alegremente el juego. ¿Es esto digno? ¿Es esto serio?

Las primeras impresiones de que con la muerte de Stalin podía ocurrir lo peor, los mismos temores y

aprensiones sobre un futuro lleno de peligros, van desapareciendo lentamente para dejar paso a la irreflexión y a la inconsciencia.

Casi nadie ha subrayado la importancia del aplazamiento de la Conferencia Judía próxima a reunirse en Zurich y que había de tratar del antisemitismo en la URSS. Pocos habrán sido los que se hayan hecho eco de las palabras de Chiang Kai Shek advirtiendo que la muerte de Stalin «puede dar origen a una forma más insidiosa del comunismo». Y, sin embargo, los que se dan cuenta de la insidiosa trampa que puede encerrar el «anticomunismo» oficial de Occidente, comprenderán sin duda la trascendencia de tales hechos y de tales manifestaciones.

Con Stalin, con Malenkov o con Tito, todo seguirá fundamentalmente por idéntico camino. «El comunismo es intrínsecamente perverso», dice Pío XI en la Encíclica «Divini Redemptoris», y esta verdad es despreciada o ignorada por el llamado mundo «libre».

Ciertamente que en los antros donde se fragua y se mantiene la conjuración anticristiana existen graves diferencias entre los jerifaltes de los dos bloques actualmente en pugna. Esto es al menos lo que parecen indicar diversos hechos y acontecimientos de indudable gravedad y trascendencia. No obstante, en los momentos culminantes, cuando así conviene a las fuerzas del mal, tales desacuerdos — y aun odios y enemistades — quedan superados en aras de los supremos fines propuestos en Oriente y en Occidente.

Así ha ocurrido ahora con la muerte de Stalin. Así se trata de presentar, al menos momentáneamente, la aparición de Malenkov.

Por ello no se ha intentado verdaderamente, no se ha procurado siquiera, la liberación de los países «satélites» de Moscú. Se ha hablado tan sólo de la posibilidad de que aparezcan nuevos Titos. ¿Y sería acaso esto una solución, pongamos por caso, para los pueblos católicos de Polonia y de Hungría?

Dijimos hace algunos meses que el triunfo electoral en Norteamérica de un Eisenhower o de un Stevenson, era prácticamente indiferente. ¿Y no será esencialmente igual el hecho de que Malenkov sea un nuevo Stalin o un próximo pariente de Tito

JOSE-ORIOI CUFFI CANADELL

Viene de la pág. 111

LA PRIMACIA DE LA PERSONA, SEGUN LA DOCTRINA DE SANTO TOMAS

encontramos enfrentados con el segundo problema propuesto, y conducidos a afirmar que la Sociedad es exigencia de la persona no sólo en razón de sus necesidades materiales y espirituales, que no podría satisfacer en soledad, sino, más profundamente, en razón de su perfección y plenitud, que se comunica y expande en la mutua comprensión y amistad.

En efecto. Si, como hemos dicho, el último Fin del hombre es un Fin interpersonal y «social», una comunión «de persona a persona» de los Santos con Dios y entre sí, en los lazos de una misma Caridad, y de ninguna manera la consecución solitaria de un goce o perfección, un apoderarse del Sumo Bien como de una «cosa» de nuestro exclusivo dominio, la Sociedad humana deberá considerarse, según la ley de analogía, fundamental en el pensamiento de Santo Tomás, como una *participación y anticipo* de aquella Sociedad, como una prolongación en el Mundo del «Reino de los Cielos».

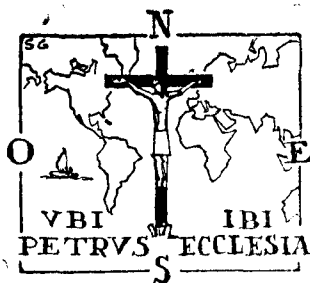
Ahora bien: desde este nuevo punto de vista, la Sociedad, las relaciones sociales no son, *de sí*, un obstáculo a la vida espiritual e interior, aunque accidentalmente, dada la condición caída del hombre, puedan constituirlo; no quedan relegadas, de sí, al plano de lo «público», de lo «exterior», de lo que no es «personal» para nadie; y ni tan siquiera deben reducirse al puro orden de la vida activa o «política», es decir, de una actividad *meramente* preparatoria y medial para la vida espiritual e interior; sino que han de concebirse, más profundamente, como *el vivir de una misma vida interior*, como una solidaridad

en la unión con Dios; y, además, como una *redundancia*, según las exigencias de la Caridad, de esta vida y plenitud interiores hasta los quehaceres más materiales que imponga a la persona y a la Sociedad humanas la condición carnal y enferma de su espíritu.

La acción pontificia para «un Mundo mejor» tomando como punto de apoyo a la persona, entraña esta nueva concepción de la Sociedad, esta renovación que parta del centro de la vida espiritual y se propague de alma en alma, hasta traducirse por fin en las estructuras exteriores mismas de la Sociedad, en una organización de la paz, de la que aquella renovación es premisa indispensable. En efecto: la solidaridad social, para ser permanente y constructiva, para conducir a la paz y no a la guerra, a la libertad y no a la esclavitud, ha de ser ante todo una comunión de bienes espirituales al servicio de un Ideal; bienes de los que cada uno pueda participar plenamente, sin necesidad de excluir a los demás, antes al contrario, en perfecta solidaridad interpersonal.

Por esto, la acción pontificia no es una «revolución», un subvertir el orden establecido, pero permaneciendo en el plano de la exterioridad (o, lo que es lo mismo, según Santo Tomás, de la violencia); antes bien, se trata de un movimiento ascensional «interior», un contagio de vida y de espíritu sobrenaturales, una comunión y fraternidad que haga de la Sociedad, verdaderamente, la prolongación de esta Sociedad «íntima» por excelencia que es la familia.

JAIME BOFILL BOFILL



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

EL MENSAJE PARA UN MUNDO MEJOR EN BARCELONA: El P. Lombardi habla desde el Price a todos los barceloneses. - El P. Lombardi habla a los universitarios. Otras alocuciones. - Instrucción del Prelado de Barcelona sobre el mensaje del mundo mejor. **El P. Lombardi en Madrid.** - Se abre la causa de beatificación y cononización del cardenal Merry del Val. - Los obispos yugoeslavos y el gobierno de Tito.

EL MENSAJE PARA UN MUNDO MEJOR EN BARCELONA

El P. Lombardi habla desde el Price a todos los barceloneses

Dábamnos cuenta en la última crónica. de las tres alocuciones pronunciadas por el P. Lombardi el domingo, día 22 de febrero. Los días 23 y 24, a las siete y media de la tarde, el P. Lombardi habló a los barceloneses desde el local de espectáculos «Price». Mientras en el interior, se ensanchaban al máximo las posibilidades de aforo del local, para estrechar en su seno a una enorme multitud, numerosísimo público se estacionaba en las afueras, para seguir el discurso del Padre por medio de los altavoces.

En su primera alocución el Padre Lombardi presentó tres cuadros. En el primero contempló la situación del mundo actual. Concluía el Padre, después del examen de aquella, que el mal evidentemente era mucho. Pero al lado de éste, se descubren maravillosas muestras de bondad aislada, que indican una auténtica posibilidad de regeneración: son las virtudes escondidas. La de la madre de familia, la del profesor, de traje raído, que no vende su conciencia, la de la empleada que no pudo sonreír a la esperanza del matrimonio que, a su vez, le sonreía, porque tenía que atender con su sueldo al sustento de sus padres ancianos, la de la oficinista que tiene una luz en los ojos y una nobleza en el rostro, que impone respeto y frena las conversaciones maliciosas... «En el mundo hay mucho mal, en efecto; pero mirad con cuidado y encontraréis, al lado del mal, ¡tanta bondad, tanta humildad recatada!... No parece sino que el mundo de hoy espera una fuerza, una voz que llame a la gente de buena voluntad y quiera que se ponga en la luz lo que permanece en la sombra. La gente espera la revolución que cambie este estado de cosas. ¿Quién podrá hacer esta revolución?»

Tras el interrogante que antecede, el P. Lombardi pasaba a describir el segundo cuadro: La institución del Primado de la Iglesia en una ciudad de Palestina: «Tú eres bienaventurado, Simón... Yo te digo que tú eres piedra y que sobre ti, como sobre una piedra, construiré mi Iglesia, y nadie, ni la muerte, podrá contra ti.» Desde entonces la Historia debe mirar a Pedro, como una piedra a la que nadie, ni la muerte, podrá vencer. «Tú solo en la Historia tienes la certeza de que la muerte no podrá vencerte. Tú so-

lo en la Historia, en esta Historia de hoy, donde todo fracasó, tienes la certeza del porvenir. Tú debes luchar por un mundo mejor. Tú debes gritar, tú debes levantar la bandera de otro mundo mejor...»

«Y el hombre ha dicho: Yo acepto esta misión, yo soy el heraldo de un mundo mejor.» Este hombre es el Papa actual que aceptando su misión, habló el 10 de febrero del pasado año a los fieles de Roma y volvió otra vez en 12 de octubre a hablar en el mismo sentido: llamando a los hombres, a los católicos, al mundo mejor.

En este punto, aparece el tercer cuadro: «Yo miro a Barcelona, yo miro a España. ¿Puedo esperar que el porvenir del mundo encuentre aquí gente generosa para la reconstrucción?»

El P. Lombardi exhortó a cuantos le escuchaban a ser fieles al llamamiento del Papa y terminó, descubriendo a los ojos de sus oyentes, la esperanza segura de victoria que es María, Nuestra Señora.

El martes día 24, el P. Lombardi pronunció su segunda conferencia en el Price. Explicó la situación social presente, en la que se concreta la actual tragedia de la Humanidad. Partió, para ello, de la escena de la adoración de los Magos en Belén, en cuya virtud se opera la gran revolución de la Historia: la de la auténtica fraternidad entre los hombres. El mundo se hallaba entonces en presencia de la negación de esa fraternidad. El hombre era esclavo de otro hombre. El Cristianismo fué avanzando hacia la liberación del hombre. Desapareció la esclavitud del hombre sujeto a otro hombre, pero quedó la del hombre esclavo de la tierra. Hoy ha desaparecido también esa esclavitud, pero sin embargo persiste otra: la servidumbre del capital. Se interrumpe aquí la revolución de la fraternidad. Entonces, el enemigo de la verdad organiza la revolución de la materia y, al negar a Dios y al alma, retrocede la Humanidad veinte siglos. El mundo ha de ver que no es éste el camino. El verdadero camino está en hacer la revolución de la auténtica fraternidad. Es una revolución pacífica, porque es una revolución de ideas y de espíritu. No es la revolución del odio y la violencia, sino la revolución de la fraternidad. Para eso es preciso que todos veamos en el prójimo a un hermano, ya que nuestro mal está en que somos her-

manos y no nos tratamos como tales.

Dijo el P. Lombardi que hay que conocer lo que pasa a nuestro alrededor, en los suburbios de las grandes ciudades. Hay entre la masa de gente que allí vive, un deseo vivísimo de justicia social y de disfrute de la humana dignidad. Tenemos que saciar con nuestra revolución esas ansias. Señaló el P. Lombardi cómo nuestra sociedad, al tiempo que un gran sector del pueblo carece de lo indispensable para vivir como persona, se ha preocupado de armar con las mayores defensas el derecho de la propiedad. Parece absurdo, diremos nosotros por nuestra cuenta y, todavía añadiremos, es injusto, que no se conceda al primer problema la misma atención, por lo menos, que se ha prodigado a la defensa del derecho de la propiedad. De ahí, sin duda que afirmara solemnemente el P. Lombardi: No se puede defender el derecho de la propiedad, sin resolver antes el problema de los que están faltos de lo necesario para vivir. Las gentes deben saber que el Estado no puede defender sus riquezas, hasta que todos estemos satisfechos en lo necesario. Tenemos que hacer la Revolución con Dios, puesto que cuando se ha querido hacerla sin El, se ha convertido al hombre en un esclavo.

El P. Lombardi habla a los universitarios. Otras alocuciones.

El miércoles, día 26 de febrero, el P. Lombardi habló en el Palacio de la Música de Barcelona, a la multitud de jóvenes estudiantes de la Ciudad Condal. En el estrado presidencial, en torno al Excmo. Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona, se sentaron las autoridades académicas. De nuevo el celoso misionero encendió la llama del entusiasmo en el pecho de sus oyentes, con el calor de su apostólica palabra. La misión de las nuevas generaciones dijo consiste en recoger lo que hay de legítimo en las ansias de libertad y de solidaridad que denuncian las dos últimas tendencias sociales del mundo, y crear con la resultante, la fraternidad, el mundo mejor de los hijos de Dios. El prelado de la diócesis, al terminar el acto, dió una vez más las gracias al P. Lombardi por su actuación en Barcelona y exhortó vivamente a la juventud universitaria a cumplir plenamente las consignas del Papa. El Excmo. Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona había reafirmado ya el día anterior el entusiasmo de sus

ACTUALIDAD

diocesanos, al poner fin a las alocuciones del P. Lombardi en el «Price», con su pastoral palabra, henchida de espíritu apostólico.

Por la mañana del mismo día, el P. Lombardi predicó el mensaje del Papa en Sabadell, ante una ingente multitud congregada en la plaza de S. Roque. Y todavía le quedó tiempo al Padre, para esponder, por la noche, en el salón de actos del Ateneo barcelonés, a las diversas preguntas que le formularon, en el curso de un coloquio, los alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo.

Instrucción del Prelado de Barcelona sobre el mensaje del mundo mejor.

Como habrá podido ver el lector en el pasado número de CRISTIANIDAD, el Excmo. Sr. Arzobispo-Obispo de Barcelona ha dirigido a sus diocesanos, a raíz de la predicación del P. Lombardi, una breve y substancial instrucción pastoral en la que anuncia la próxima puesta en marcha de un plan de actividades, dentro de la diócesis, que habrá de dar cauce al entusiasmo despertado en aquella por las ideas del mundo mejor y hacer así eficaces entre nosotros los deseos del Papa.

El P. Lombardi en Madrid

Desde Barcelona el P. Lombardi partió el jueves, 27, hacia Madrid, con el fin de exponer el mensaje del Papa. El acto final de la predicación consistió en la alocución pronunciada en la Plaza de la Armería y que fué retransmitida a toda España por Radio Nacional. La alocución vino a ser como la síntesis y el resumen de todo lo dicho por el P. Lombardi durante su estancia en España, doblado, si cabe decirlo así, en ímpetu y vigor apostólico. Resulta imposible, dentro del reducido espacio de que disponemos, reseñar ni resumir siquiera, todo lo dicho por el religioso jesuita. Sólo diremos que el P. Lombardi no teme señalar las faltas, porque sabe que, hacerlo, es tanto como indicar el camino de la rectificación, que es el del deber. Y, como dijo acertadamente, cuando se predicán los derechos surge el odio, que separa, mas cuando se señalan los deberes, nace el amor que une y salva. Desde todos los rincones de España la peroración del P. Lombardi fué seguida con extraordinaria atención. Por eso, no dudamos en elevar el corazón a la esperanza de que nuestra tierra ha de responder, como decía el celoso misionero, a los deseos del Papa.

SE ABRE LA CAUSA DE BEATIFICACION Y CANONIZACION DEL CARDENAL MERRY VAL

Coincidiendo con el vigésimo tercer aniversario de su muerte, se ha constituido en la Ciudad del Va-

ticano el Tribunal que ha de instruir el proceso de beatificación y canonización del ilustre purpurado español cardenal Rafael Merry del Val. La memoria del Cardenal va unida inseparablemente a la del insigne pontífice, junto al cual y en calidad de Secretario de Estado laborara incansable, en íntima penetración de anhelos y de sentimientos, el beato Pío X. Reciente la beatificación del glorioso Papa, la del que fué Secretario de Estado, que se augura próxima, viene a confirmar la santidad de un pontificado, que ha sido calificado de providencial en la historia de la Iglesia, por el Vicario de Cristo felizmente reinante en la actualidad.

En la reunión tenida con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, el Episcopado español expresó su ferviente deseo de ver introducida la causa. El Colegio Español de Roma, para el que tuvo siempre el cardenal Merry del Val atenciones y desvelos de amorosa predilección, tomó como suya la obligación de dar cauce a aquél deseo. En consecuencia, su rector, el Rvmo. P. Jaime Flores, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, pidió al vicario de Su Santidad para la ciudad del Vaticano, si dignase instruir el correspondiente proceso, constituyendo al efecto, el competente Tribunal.

El día 27 de febrero tuvo lugar el acto de la constitución del Tribunal en presencia del Embajador de España, D. Fernando Marfa Castilla, que presidía a un nutrido grupo de españoles. El Tribunal se constituyó en la siguiente forma: presidente, Mons. Pedro Canisio van Lierde, sacristán de Su Santidad y vicario general para la ciudad del Vaticano; jueces, monseñores Angel Bartolomasi y Juan Smit, canónigos de la Basílica de San Pedro, Diego Venini, limosnero de Su Santidad, y Rvmo. P. Anselmo Albareda, prefecto de la Biblioteca Vaticana; promotor de la Fe, monseñor Angel Gragnani, agregado para la Sagrada Congregación de la Iglesia Oriental; subpromotor de la Fe, P. Rinaldo Schral, agregado del Archivo del Vicariato de Roma, de de Orden de San Agustín; notario Mons. Agustín Greco, agregado del Vicariato de Rom; segundo notario, monseñor Sergio Minelli, agregado de la Penitenciaría Apostólica; canceller, P. Juan Belloti, secretario del Vicariato de la ciudad del Vaticano; alguacil, Sr. Pedro Bonatti, agregado de la Sacristía Pontificia; postulador de la causa, reverendísimo P. Jaime Flores, rector del Colegio Español y Procurador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios.

LOS OBISPOS YUGOESLAVOS Y EL GOBIERNO DE TITO

Transcribimos el siguiente parte, aparecido en «La Prensa» de Barcelona: «El Vaticano ha puesto a

los obispos de Yugoslavia podría decirse «en pie de guerra», según ha dicho a la United Press una alta fuente católica de esta capital. Esto significa que el Episcopado yugoeslavo, prácticamente cercado, queda autorizado a tomar decisiones sin consultar con el Vaticano en todas las cuestiones eclesiásticas, excepto en el nombramiento de obispos y en el arreglo de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Esta es una autorización que el Vaticano concede en muy raras ocasiones y sólo cuando las circunstancias lo exigen. La autorización fué transmitida a los obispos yugoeslavos hace varias semanas, antes de que Yugoslavia rompiera sus relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

Los medios católicos dicen que desearían llegar a un acuerdo con el Estado y que quieren explotar todas las posibilidades, pero añaden que no son nada optimistas a ese respecto. Las demandas básicas de los obispos yugoeslavos, de las cuales no se apartarán un ápice, estaban ya esbozadas en la nota del 15 de diciembre del Vaticano a Yugoslavia. Aquella nota, que el Ministerio yugoeslavo del Exterior rehusó aceptar y que más tarde fué publicada completa por el Vaticano, pedía como derechos fundamentales a los que la Santa Sede no puede renunciar:

1. Completa libertad para todos los católicos de practicar su religión, incluyendo peregrinajes y procesiones.

2. Reconocimiento del derecho de la Iglesia a establecer escuelas y de los padres católicos a enviar a ellas a sus hijos, en lugar de hacerlo a las escuelas «antirreligiosas» del Estado.

3. Derecho de formar asociaciones seglares católicas con propósitos caritativos y religiosos.

4. Derecho de restablecer una prensa católica.

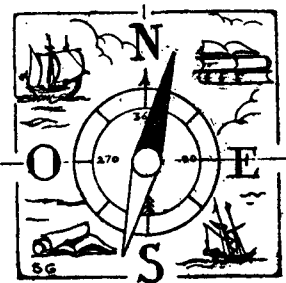
5. Supresión de todos los obstáculos a obispos y sacerdotes para viajar y establecer contacto con sus fieles y para el cumplimiento de sus deberes religiosos en general.

6. Libertad para la formación de futuros sacerdotes en los Seminarios.

7. Libertad a los monasterios y conventos de monjas para ejercer sus actividades religiosas.

El régimen de Tito está lo suficientemente deseoso, por razones políticas fácilmente comprensibles, de llegar a un acuerdo, como para ceder en varios de los puntos y aceptar las demandas de la Iglesia Católica, pero no se cree que llegue a ceder en el punto 2, y es por aquí, por donde se cree generalmente que se romperán las negociaciones, ya que se considera completamente improbable que la Iglesia Católica llegue a conseguir permiso para abrir una sola escuela en Yugoslavia.»

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Como en un partido de baloncesto - Churchill, Tito y Gromyko - Taft y la Administración de Eisenhower - Tratados secretos - Stalin enfermo. Previsiones británicas - Stalin ha muerto - Simpatías en Londres - La «encarnación del Mal» - Kaganovich

Del 21 al 28 de febrero

COMO EN UN PARTIDO DE BALONCESTO

«Aunque es seguro que el lector español tiene un interés relativamente pequeño por las cosas de la ONU, voy a darle algunas noticias sobre la inauguración de la segunda parte de la séptima Asamblea General y sobre el temario que figura en la agenda, con lo cual no cabe duda de que su relativo interés por la ONU disminuirá todavía más sensiblemente». Así empieza una de las crónicas que nos sirve desde Nueva York, Rodrigo Royo.

Después de tan prometedor exordio, el corresponsal cita el tema de algunas de las cuestiones que ha de discutir la Asamblea, y glosa la desorientación que sobre la mismas —Corea, seguridad internacional, etc.— existe en los medios de las Naciones Unidas.

Y termina el cronista:

«Con todo, el más irritante aspecto de la ONU es la desfachatez con que los acusados de esta tarde se convierten en acusadores mañana por la mañana, y viceversa. En los amplios salones de conferencias, unos y otros se tiran la pelota del delito como en un partido de baloncesto. Andrei Vichinsky, que llegó ayer en el «Queen Mary», fué recibido en el puerto neoyorquino por una multitud anticomunista que desplegaba pancartas con rótulos de «¡Criminal!» y «¡Asesino!»; uno de los carteles decía lo siguiente: «Vichinsky, tu amigo Ribbentrop fué colgado. La misma suerte te espera a tí». Hay que recordar que fué Vichinsky precisamente el que, con el permiso y hasta con el regocijo de estas mismas multitudes norteamericanas, aplicó la soga de la horca a la garganta de Ribbentrop en el juicio de Nuremberg».

Sin embargo, el presidente Eisenhower acaba de manifestar «que estaba dispuesto a acudir a cualquier punto para entrevistarse a mitad de camino» con el jefe del Gobierno soviético. Que sepamos, nunca el presidente Roosevelt ofreció a Hitler la posibilidad de semejante entrevista...

CHURCHILL, TITO Y GROMYKO

Como si tratase de preludiar la sugerencia de Eisenhower, Churchill ha «posado» sonriente ante el fotógrafo junto al embajador soviético Gromyko, el cual estuvo en su residencia para recibir el agradecimiento del jefe conservador por las libras que la URSS ha regalado al Fondo de Socorro en favor de los

damnificados en las últimas inundaciones.

No sabemos si Gromyko habrá tratado con Churchill de la próxima visita a Gran Bretaña del comunista «ortodoxo» Tito, cuya llegada a Albión está señalada para fecha inmediata. ¿Hay, acaso, sobre el particular algún acuerdo entre Inglaterra y la URSS? Lo que sí puede asegurarse es que Churchill ha acogido con entusiasmo la idea de una nueva Conferencia al estilo de Yalta, sin que a ello sea óbice el que se tribute a Tito una acogida oficial entusiasta.

Sobre esta visita, el ministro Elen ha precisado en la Cámara de los Comunes que Tito «vendrá como huésped oficial del Gobierno inglés y almorzará con la Reina. También a morzará o cenará con Mr. Churchill y míster Eden y celebrará discusiones políticas, económicas y militares con diversos ministros ingleses y sus respectivos asesores».

Fuera de los católicos, ¿se acordará alguien más en Inglaterra de Su Emcía. el Cardenal Stepinac y de los millares y millares de perseguidos por la tiranía de Tito?

TAFT

Y LA ADMINISTRACION DE EISENHOWER

Augusto Assia, desde Nueva York nos habla de Taft como «la máxima figura de la Administración republicana». He ahí algunos fragmentos de su interesante crónica:

«En su primer gran discurso desde que el presidente Eisenhower subió al Poder, el senador Taft hizo ayer en su Estado de Ohío encendidos elogios de la labor llevada a cabo por el nuevo Gobierno para poner orden sobre el desbarajuste encontrado en Washington, pero agregó que transcurrirán semanas y aun meses antes de que haya sido eliminada totalmente la «herencia dejada por la montaña de torpezas y el cúmulo de errores que cometió la Administración demócrata». «Nos hemos encontrado con las relaciones internacionales sumidas en confusión diabólica. Corea es el más completo desconcierto y una filosofía administrativa y gubernamental basada en el principio de que todo puede arreglarse con dinero», y que el dinero puede ser sustituto de la inteligencia, el conocimiento o la responsabilidad.

»Hablando de Corea, dijo que el desconcierto dejado por los demócratas no parece ofrecer otra solución excepto la de mantener «una guerra imposible de ganar.»

Pero hay algo más elocuente, al

decir de Assia, sobre el papel que está desempeñando Taft en la actual Administración. «Nada menos que sus más sigilosos detractores, los hermanos Alsop, han salido ayer con un artículo hablando de cómo se ha convertido en la «primera y más poderosa figura» de la Administración republicana, de su «sincera e invaluable colaboración con el Presidente», el cual a nadie consulta tanto y tan asiduamente como a Taft, con quien, además de la reunión parlamentaria semanal, ha venido celebrando dos o tres entrevistas todas las semanas desde el 20 de enero». Agregan los hermanos Alsop que «el senador por Ohío, tan estridente en sus ataques desde la oposición, se ha convertido desde el Poder en la única voz serena, constante y moderada dentro del Congreso cuyas emociones alternan entre los extremos».

Y añade, más adelante, que esto y su ayuda a la labor de Eisenhower, «es el más grande y sorprendente acontecimiento ocurrido desde que Eisenhower subió al poder».

¿Qué puede significar este importantísimo hecho, caso de corresponder a la realidad? ¿Hasta qué punto puede hablarse de acercamiento de Taft a Eisenhower, o viceversa?

Hay que esperar todavía algún tiempo para saber si, efectivamente, la entrada de Eisenhower en la Casa Blanca supone un cambio efectivo en el mando y una rectificación total de la «montaña de torpezas y el cúmulo de errores». Pero, ¿por qué solamente errores y torpezas?

TRATADOS SECRETOS

El secretario de Estado norteamericano, tratando seguramente de justificar la denuncia, siquiera simbólica, de los pactos secretos firmados por Roosevelt con la Unión Soviética en el transcurso de la pasada guerra, ha dicho en una conferencia de Prensa que la URSS «ha vulnerado todos los acuerdos secretos».

¡A ver si ahora resultará que la repudiación de tales acuerdos por parte de la Administración de Eisenhower se debe, más que al contenido de los mismos, a su incumplimiento por parte del Kremlin!

Del 1 al 7 de marzo

STALIN ENFERMO

A primera hora de la mañana del día 4, Moscú ha anunciado que Stalin se halla gravemente enfermo, con hemorragia cerebral, pérdida

ACTUALIDAD

del habla y parálisis del brazo y de la pierna derechos.

El Gobierno soviético ha publicado un comunicado oficial en el que dice:

«El Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética y el Consejo de Ministros anuncia que ha sucedido una gran desgracia al partido y al pueblo soviéticos, la grave enfermedad de José V. Stalin.

»Durante la noche del 1 al 2 de marzo, el camarada Stalin, estando en su apartamiento de Moscú, sufrió una hemorragia cerebral que afectó a partes vitales del cerebro. El camarada Stalin perdió la conciencia. Se ha desarrollado la parálisis del brazo y la pierna derechos. Ha perdido el habla. Se han producido como consecuencia graves complicaciones en la acción y de la respiración.»

Después de referirse al tratamiento médico, que «se realiza bajo las instrucciones del ministro de Sanidad Pública de la URSS», añade el comunicado:

«Al guiar al partido y al país, el Comité Central y el Consejo de Ministros, con plena gravedad, tienen en cuenta todas las circunstancias relacionadas con la temporal retirada del camarada Stalin de la actividad directiva del Estado y el Partido.

»El Comité Central y el Consejo de Ministros expresan la confianza de que nuestro partido y todo el pueblo soviético, en estos difíciles días, desplegará la mayor unidad y conexión, firmeza de espíritu y vigilancia, redoblarán sus energías en la construcción del comunismo en nuestro país, se unirán más estrechamente en torno al Comité Central del Partido comunista y al Gobierno de la Unión Soviética.»

El comunicado médico sobre la enfermedad de Stalin está firmado, aparte del nuevo ministro de Sanidad, Tretyakof, por nueve médicos, entre ellos Kuperin, jefe de la dirección médica del Kremlin, que es de raza judía...

PREVISIONES BRITANICAS

«José Stalin — escribe A. W. Ryser, corresponsal especializado en asuntos soviéticos de la United Press — está muriendo o muerto ya en el Kremlin, y la Rusia Soviética entra en una era forjada con peligro para millones de personas en Europa oriental y quizás para el mundo.»

Y después de estas gravísimas palabras, añade Ryser:

»Pero en esta ocasión se expresa el temor en los círculos británicos y extranjeros de que los elementos aventureros de la jerarquía soviética precipitan una crisis internacional para unificar la nación justamente igual que la pasada guerra reunió a todos en defensa de la madre patria.»

Y precisa: «Este punto de vista fué comunicado a Washington por altas fuentes británicas recientemente al sugerir una política cauta en los asuntos rusos hasta que pu-

diera determinarse exactamente lo que estaba sucediendo en la lucha para suceder a Stalin.»

¿Es que tal vez la vida de Stalin estaba ya entonces en peligro? He ahí por donde sabemos que el complot de los «médicos asesinos», pese al escepticismo con que fué acogida entonces en Occidente la información fué tomado muy en serio por los servicios oficiales del gobierno británico.

STALIN HA MUERTO

En la madrugada del día 6, anuncia Radio Moscú, Stalin ha fallecido. ¿Qué ocurrirá ahora en la URSS?

Pocas horas antes de conocerse la noticia oficial de la muerte del dictador rojo, «Le Monde» escribía:

«Así acaba uno de los grandes destinos de la historia humana y uno de los más discutidos. La naturaleza se ha vengado sobre el loco orgullo de los hombres que creen que la ciencia lo puede todo.

»En este día se quisiera evocar, sobre todo, al aliado de ayer, decir lo que fué su contribución personal y la de su pueblo a la victoria común contra el nazismo. Pero aquellos tiempos ¡ay! han pasado y la cuestión que se plantea ahora a uno y otro lado del telón de acero, es la de saber lo que resultará de este suceso para el porvenir del mundo y de la paz... A menudo se ha empleado la fórmula «mientras Stalin estará allí, no habrá guerra». ¿Está aún allí Stalin?»

Y concluía el editorialista: «Hay que añadir que después de un cierto tiempo existe en la Unión Soviética una atmósfera de tensión y de suspicacia, de la que el famoso «complot» de los médicos ha facilitado una prueba particularmente flagrante. Se pronuncian nombres del Delfín: Molotov, Malenkov, Beria...»

Pero, ¿«estará» también Stalin —su dirección, su táctica— en la persona de su sucesor?

SIMPATIA EN LONDRES

Según los corresponsales de «Le Monde», la reacción en Gran Bretaña y en Norteamérica ante la desaparición de Stalin ha sido muy distinta.

«El comentario de la Agencia Tass —dice el de Londres— ha sido conocido demasiado tarde para que los diarios de la mañana pudieran reproducirlo. Pero la noticia difundida por la B.B.C. ha animado rápidamente las conversaciones de los londinenses que se dirigen a su trabajo. Como siempre, la simpatía ha predominado en las primeras reacciones populares. La guerra fría pasa a segundo término y la gente se acuerda antes del gran aliado.

»Las disputas que han oscurecido el horizonte desde entonces no han disipado el sentimiento de que todos los «vencedores» de la última guerra deben una gran parte de su éxito al sacrificio y al heroísmo que el mariscal Stalin supo obtener de las masas de su país.»

Y ni una palabra, tan sólo, para las innumerables víctimas que jalonan el camino «triumfal» que ha recorrido el dictador soviético...

LA «ENCARNACION DEL MAL»

«Las reacciones en el Congreso, en la prensa y en la opinión —escribe el corresponsal del referido diario en Washington—, son diversas y contradictorias. Unos temen que los nuevos amos no lancen a la URSS hacia la aventura, mientras otros, por el contrario, piensan que modificarán en un sentido pacífico la política del Kremlin.»

Y después, esta glosa maliciosa muy al estilo de «Le Monde»:

«Para la gran masa, Stalin representaba el «villano» de los melodramas, el mentiroso, la encarnación del Mal con mayúscula, del ateísmo, etc. Pero era un diablo familiar. Se necesitará algún tiempo antes de que nuevos rostros substituyan en el espíritu de las gentes a Stalin considerado como un Atila o un Gengis Khan, responsable único de los males del siglo, y sobre el cual puede polarizarse el descontento o el desencanto de millones de norteamericanos.»

He ahí por donde apunta la leyenda, de espíritu masónico sin duda, de un Stalin padre de los pueblos y amigo de la humanidad. Ignoramos si Atila o Gengis Khan resultarán perjudicados con la comparación, pero lo que sí es absolutamente cierto es que Stalin no ha sido el «responsable único de los males del siglo». En Francia, en Norteamérica y en otros países deben saber también algo de esto...

KAGANOVICH

George Malenkov ha sido nombrado presidente del Consejo de Ministros.

También ha quedado constituido un «Presidium» de dicho Consejo, presidido por Malenkov, del que forman parte, además, Beria, Molotov, Bulganin y Kaganovich.

Beria, Molotov y Kaganovich, han sido designados también vicepresidentes.

Los Ministerios de Seguridad del Estado y del Interior se han fundido en el del Interior, del que se ha hecho cargo Beria. Molotov vuelve al Ministerio de Asuntos Exteriores, desplazando a Vichinsky. Bulganin es ascendido a Ministro del Ejército.

Por su parte, Vorochilof ha sido nombrado presidente del «Presidium» del Comité Central del partido comunista, que se compondrá de diez miembros y cuatro suplentes. Los miembros son: Malenkov, Beria, Molotov, Vorochilof, Kruchev, Bulganin, Kaganovich, Mikoyan, Saburov y Pervujin. Los suplentes son: Svernik, Ponomarlenko, Melkinov y Bagirov.

¿Cuál será el más importante de todos? Se contesta generalmente que Malenkov será el verdadero sucesor de Stalin. Sin embargo, ¿por qué el más influyente no podría ser el misterioso Kaganovich?

SHEHAR YASHUB

*Obras existentes en nuestra Administración
que por su interés recomendamos*

"Historia de las Sociedades Secretas"

Vicente de la Fuente

3 tomos. . . 60 Ptas.

"La vuelta a los altares"

Luis Creus Vidal

Ejemplar . . 25 Ptas.

"La Inquisición"

J. M. Orti Lara

Ejemplar . . 15 Ptas.

"El liberalismo es pecado"

Félix Sardá y Salvany

Ejemplar . . 6 Ptas.



La Soberanía Social de Jesucristo

del P. Enrique Ramière, S. I.

En dicha obra, numerosos capítulos establecen la tesis de la realeza social de Cristo. Con esta larga exposición teológica, el autor estima, no precisamente desbordar la cuestión liberal, sino dominarla y resolverla, según principios que sean indiscutibles entre cristianos.

Puesto que el designio incontestable de Dios es que su hijo reine, ¿por qué no trabajar por este Reino? ¿Por qué no insistir sin cesar en que fuera de esta realeza divina, las naciones están condenadas a conmociones incesantes, a la decadencia de las costumbres y al caos intelectual?

Pida a su librero habitual la importante obra del P. Enrique Ramière, S. I.

PUBLICACIONES CRISTIANDAD, Diputación, 302, 2.º, 1.º BARCELONA

Pida a su librero:

¿SABES DESDE CUANDO NOS AMAN LOS CORAZONES DE JESUS Y DE MARIA?

obrita de M. L. Suñé, con ilustraciones de I. M. Serra Goday, y consiste en la historia de la devoción al Corazón de Jesús y su relación con el Corazón de María, encuadrando sus principales episodios en un marco histórico correspondiente a cada uno, en forma asequible a la edad escolar.

Texto 120 páginas a dos tintas - 4 láminas en color y 67 grabados - Ptas. 21



PUBLICACIONES CRISTIANDAD

Diputación, 302, 2.º, 1.º / Teléfono 22 24 46

BARCELONA



Marca Registrada

EDUARDO PUIG

REFLECTORES

Primera y única fábrica nacional especializada en esta industria

ILUMINACION

Industrial - Comercial - Espectacular

Avda. José Antonio, 431

Teléfono 24 31 28

BARCELONA



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

Siempre lo mejor en estilográficas

PARKER "51" y "21"

WATERMAN'S

SHEAFFER'S

EVERSHARP

MONTBLANC

SUPER T

ETC.

COMPLETA
GARANTIA



...y además
el TALLER de
REPARACIONES

MEJOR EQUIPADO
DE ESPAÑA

*Central de la
Estilográfica*

Puertaferriosa, 17

Teléfono 31 43 86

BARCELONA

Calle Archs, 1 y 3

Teléfono 22 56 41

J. M. ROCABERT MODOLELL

Seguros

Vida, Incendios, Robo,
Resp. Civil, Automó-
viles, Accidentes, etc.

TELEFONO 22 70 20

BARCELONA